

LETRAS ESENCIALES

*La teoría política como vocación**

por Sheldon S. WOLIN**



El propósito de este trabajo es esbozar alguna de las implicaciones, prospectivas o retrospectivas, de la primacía del método en el estudio actual de la política y hacerlo por medio de un contraste, deliberadamente agudizado aunque espero no caricaturizado, entre la vocación del “metodista”¹ y la vocación del teórico. Mi discusión se centrará en los tipos de actividad que conllevan estas dos vocaciones. Durante el curso de esta discusión se considerarán varias cuestiones, principalmente las siguientes: ¿cuál es la idea que subyace al método y cómo compararla con la vieja noción de teoría? ¿Qué implica elegir una y otra para el conocimiento político? ¿Cuáles son las consecuencias educativas o humanas de tal elección, es decir, qué se demanda a quienes se dedican a una cosa u otra? ¿Cuál es la postura distintiva del metodista hacia el mundo político y cómo contrasta con la del teórico?

* Esta es una versión revisada de un trabajo presentado en septiembre de 1968 antes de la Conferencia para el Estudio del Pensamiento Político.

** Traducción de JORGE LOZA-BALPARDA.

[N. del T.] Este artículo fue publicado en diciembre de 1969 por la American Political Science Association: Sheldon S. WOLIN, “Political Theory as a Vocation”: *The American Political Science Review*, vol. 63, n.º 4 (Dec., 1969), pp. 1062-1082. Tiene copyright y está traducido con permiso de Cambridge University Press. Para acceder a la versión original en formato electrónico: <http://www.jstor.org/stable/1955072>

¹ “Metodista. Aquel que es diestro en el método o le concede gran importancia; aquel que sigue un método (especificado)”. *Oxford Universal Dictionary*. Aunque la mayoría de científicos sociales argüirían que la investigación actual raras veces se ajusta a un procedimiento de paso-a-paso, sigue manteniéndose tal procedimiento como modelo al que ellos apuntan. De esta manera, en una sección de un manual sobre métodos de investigación titulado “Major Steps in Research”, los autores insertan la cualificación anterior pero reconocen que “la investigación publicada sugiere de forma contundente que existe una secuencia prescrita de procedimientos, en la que cada paso presupone completar el anterior. Claire SELTZ et al., *Research Methods in Social Relations* (rev. ed.), Holt, Rinehart & Winston, New York, 1963, pp. 8-9.

El debate que se presenta a continuación pretende, primero, situar la idea de método en el contexto de la “revolución conductista”, y, segundo, examinar la noción misma en relación con algunas consideraciones analíticas e históricas. Así, partiendo de la asunción de que la idea de método, como todas las elecciones intelectuales importantes, conlleva un precio, la discusión se concentrará en algunas de las consecuencias personales, educativas, vocacionales y políticas de esta particular elección. Finalmente, trataré de mostrar las conexiones de la idea de vocación de la teoría política con estas mismas cuestiones.

I. LA IDEA DE “MÉTODO” EN LA REVOLUCIÓN CONDUCTISTA

Para compilar su último *Biographical Directory*, la Asociación Americana de Ciencia Política distribuyó un cuestionario que a su manera ayudó a que surgiera la siguiente pregunta, “¿Cuál es la vocación del teórico político?”. Los teóricos políticos eran invitados a identificarse eligiendo entre “Teoría Política y Filosofía (Empírica)”, “Teoría Política y Filosofía (Histórica)” y “Teoría Política y Filosofía (Normativa)”. Aunque las opciones ofrecidas pueden expresar vitalidad y diversidad, también dan testimonio de la considerable confusión acerca de la naturaleza de la teoría política. Por su parte, los teóricos políticos pueden pensar en esto como una crisis de identidad inducida al encontrarse oficialmente asignados a una clasificación definida por otros, una clasificación en la que se deja sentir la huella de una serie de supuestos sobre la naturaleza de la vida teórica que puede resultar antipática a muchos teóricos.

Más allá de la cuestión de la identidad profesional hay razones mucho más apremiantes para plantear el tema de la vocación. Independientemente de la valoración que cada cual haga de la “revolución conductista”, es evidente que ha logrado transformar la ciencia política. Lo que no está tan claro es la naturaleza concreta de esa revolución. Entre los prominentes portavoces de la profesión se ha puesto de moda interpretar esa revolución como una réplica cercana del tipo de cambios científicos tratados por Thomas Kuhn en *The Structure of Scientific Revolutions*². Consecuentemente, la revolución conductista se describe como la inauguración de un nuevo paradigma teórico. Tal opinión, a mi parecer, es errónea. Difumina la relevancia del cambio. Una explicación más precisa es la que

² He comentado la interpretación de Kuhn y su relevancia para la ciencia política en Sheldon S. WOLIN, “Paradigms and Political Theories”, en Preston KING y B. C. PAREKH (eds.), *Politics and Experience: Essays Presented to Michael Oakeshott*, Cambridge University Press, Cambridge, 1968, pp. 125-152.

se sugiere a continuación: “uno de los desarrollos recientes más significativos en las ciencias sociales es la revolución en la recogida y la evaluación de datos. Esta revolución depende del desarrollo de las técnicas mediante las que se pueden recolectar y recopilar los datos...”³.

Asumiendo que esta afirmación refleja una opinión extendida y que orienta la práctica actual de la profesión, también ofrece una pista sobre la naturaleza de los cambios, lo que son y lo que no son y lo que suponen para las vocaciones de científicos y teóricos políticos. A pesar de quienes afirman lo contrario, la ciencia política no ha experimentado una revolución del tipo descrito por Kuhn en la que se instala una nueva teoría dominante. Aunque el científico político tiene a su alcance abundantes “teorías” nuevas, debería recordarse que, siguiendo al propio Kuhn, la mera existencia de nuevas teorías o el hecho de que algunas teorías hayan atraído seguidores, no basta para concluir que se trata de una revolución. Lo que cuenta es la conformidad de la comunidad científica con una teoría y el rechazo de sus rivales.

Aunque a veces se defiende que la “teoría de sistemas” constituye la teoría paradigmática de la revolución, es dudoso que este reclamo pueda mantenerse. No solo hay confusión sobre cuál de las varias versiones de la teoría es la preferida, o incluso de si alguna de ellas es útil, sino, sobre todo, el que la popularidad de la teoría de sistemas no dio lugar a la revolución conductista sino que más bien se derivó de ella.

Sea como fuera, una revolución sin una teoría generadora no puede calificarse como revolución según el criterio planteado por Kuhn. Lo que sí puede ser más bien es una de las típicas revoluciones americanas en la que las teorías juegan un rol menor. Los científicos políticos americanos, en su mayoría, no solamente han apoyado el tradicional recelo americano hacia la teoría, sino que lo han elevado a un estatus científico. La sospecha sobre la teoría se justifica como una potente contribución en favor de la estabilidad política de América y de su genio para la pragmática frente a la política ideológica. Cuando digo esto no quisiera dar a entender que ignoro lo difícil que es encontrar una publicación en ciencia política que no mencione que “la mera acumulación de datos sin una teoría guía es, etc...”. Ni tampoco me pasa desapercibida la gran variedad de teorías entre las que el científico político puede elegir. Pero llamarlas teorías políticas supone, en el lenguaje de la filosofía, cometer algo parecido a un error de categorización. Las teorías de sistemas, las teorías de la comunicación y las teo-

³ Gabriel A. ALMOND y Sidney VERBA, *The Civic Culture*, Princeton University Press, Princeton, 1963, p. 43.

rías funcional-estructuralistas son teorías a-políticas moldeadas por el deseo de explicar ciertas formas de fenómenos no-políticos. No ofrecen una opción significativa o un análisis crítico de la calidad, dirección o el destino de la vida pública. Allí donde no son extraños intrusos, comparten las mismas afirmaciones acrílicas —y por tanto ateóricas— de la ideología política reinante que justifica la actual “distribución impuesta de valores” en nuestra sociedad.

No obstante, decir que no ha habido teoría política que haya inspirado la revolución en la ciencia política no quiere decir que no haya habido revolución o que no se hayan promovido nuevos patrones intelectuales en toda la disciplina. De hecho sí ha habido cierta revolución en la ciencia política, una que refleja una tradición política que se enorgullece de ser pragmática y preocupada en especial por dar con técnicas que funcionen. Como toda actividad orientada por la técnica, el movimiento conductista presupone que los principales propósitos y disposiciones a los que sirve con sus técnicas están prefijados, y que, por tanto, se los refuerza, tácita o implícitamente y se opera de acuerdo a una noción de alternativas estrechamente restringida por esos mismos propósitos y disposiciones. El énfasis en el método no implica únicamente adquirir un kit de nuevas “herramientas”, sino que presupone un punto de vista con profundas implicaciones para el mundo empírico, para la vocación y para la educación de los científicos políticos y para los recursos que nutren la imaginación teórica.

Defender que la idea del método es el punto clave de la revolución conductista es una mera repetición de lo que esos mismos revolucionarios han instituido. “Más aún, quizá, los criterios por el que se aceptan o rechazan afirmaciones sobre la vida social son de una naturaleza especial. El criterio último es el método del que se deducen tales afirmaciones”⁴. Si se diera el caso de que una amplia gama de asunciones fuera comúnmente sostenida entre aquellos que promueven la primacía del método, sería mínima la consecuencia de que las técnicas utilizadas fueran diversas y cambiantes. Lo que cuenta son las asunciones comunes y las consecuencias que acompañan al énfasis en la técnica. El alcance de esta transformación es tal como para plantear que el estudio de la política está actualmente dominado por la creencia de que su principal objetivo —adquirir conocimiento científico sobre la política— depende de la adopción y refinamiento de técnicas específicas y que estar cualificado y acreditado como científico político equivale a poseer tales técnicas prescritas. Un desarrollo que se ha esforzado simultáneamente en imbuir a los científicos políticos de lo que se entiende como ética científica: objetividad, imparcialidad, fidelidad a los hechos y deferencia a

⁴ Ibidem.

la verificación intersubjetiva llevada a cabo por una comunidad de expertos. Estos cambios preparan para una vocación, una *vita methodica*, que incluye un conjunto específico de habilidades, un modo de hacer las cosas y una base ética reveladora. Dicha vocación, y la educación que requiere, pueden demarcar la trascendencia de la revolución conductista.

Podría protestarse arguyendo que le doy demasiada importancia a la idea del método. Los métodos *per se* no presuponen un punto de vista filosófico de las cosas, sino que son neutrales o instrumentales, de la misma manera que una técnica es indiferente a las intenciones de quien la aplica. Tal argumento no solamente es erróneo sino que es superficial. En primer lugar, la prominencia de la técnica tiene serias consecuencias curriculares. Requerir a los estudiantes que se conviertan en especialistas en un repertorio de habilidades técnicas les ocupa una porción sustancial de su tiempo y energía. Pero aún más importante, entrenar en la técnica supone consecuencias educativas al afectar la manera en la que los iniciados se acercan al mundo y especialmente a la porción política del mismo. En última instancia, el “metodismo” es una propuesta para configurar la mente. Los científicos sociales lo han detectado al señalar que los métodos de investigación son “herramientas” que “pueden convertirse en una manera de mirar el mundo, de juzgar la experiencia cotidiana”⁵.

En segundo lugar, la alegada neutralidad del entrenamiento metodista pasa por alto significativas afirmaciones filosóficas incorporadas en la perspectiva de quienes abogan por una investigación científica para la política. Estas asunciones son de tal calado que refuerzan una visión acrítica de las estructuras políticas existentes y de lo que implican. Y es que el empleo del método asume, e incluso requiere, que el mundo sea uno y no otro para que la técnica sea efectiva. El método no sirve para todos los mundos. Presupone una respuesta particular a una pregunta del tipo kantiano: ¿cómo ha de ser el mundo para que el conocimiento del metodista sea posible? Este presupuesto queda ilustrado en un reciente ejemplo que enumera los presupuestos principales que se nos aduce subyacen bajo el “movimiento” del comportamiento político. El primer punto era: “Regularidades. Uniformidades que pueden descubrirse en el comportamiento político. Pueden expresarse mediante generalizaciones o teorías con valor predictivo y explicativo”⁶. De lo que se sigue que el metodista se encuentra en apuros cuando el mundo exhibe “deformidades” o irregularidades emergentes. Tal y como sugiere

⁵ SELLITZ, *Research Methods in Social Relations*, pp. 6-7.

⁶ David EASTON, *A Framework for Political Analysis*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, 1965, p. 7.

el desdichado estado de las teorías del desarrollo o de la “modernización”, problemas similares aparecen cuando el mundo manifiesta “multiformidades”⁷.

Con esto solamente pretendo decir que el tipo de cuestiones que los metodistas consideran apropiadas tienen límites inherentes. El mundo que más encaja en el método invita a buscar aquellas regularidades que reflejen los patrones de comportamiento que la sociedad pretende promover y mantener. Un comportamiento predecible es aquello por lo que las sociedades viven, de ahí que sus estructuras de coerción, de recompensas y castigos, de apoyo e inhibición se conformen para producir y mantener ciertas regularidades en las actitudes y en el comportamiento. Más aún, cada sociedad es una estructura con una inclinación particular y persistente que constituye no solamente una disposición de poder, sino también de impotencia, de pobreza así, como de riqueza, de injusticia y de justicia, de supresión y de estímulo.

Es sintomático en este sentido que los propios científicos políticos se presenten a sí mismos cada vez más como “meros científicos”⁸. La expresión es de Kuhn, quien la usó para designar al científico cuya vocación no consiste en crear teorías, ni siquiera en criticarlas, sino que acepta la teoría dominante asumida por la comunidad científica y la pone en marcha. Pero si preguntáramos cuál es el paradigma teórico de nuestros meros científicos (políticos) la respuesta, en el sentido de Kuhn, sería que ninguno. No obstante, y aunque no haya un paradigma derivado de lo que Kuhn denomina “una teoría extraordinaria”, como las que produjeron Galileo y Newton, debe de haber al menos algunas asunciones o un marco que sirvan de guía al metodista. La respuesta, como he sugerido, es que tal marco de asunciones existe. Es el paradigma ideológico que refleja la misma comunidad política que los meros científicos investigan⁹. Así que cuando un investigador parte del “flujo normal de los eventos en la política americana”, no resulta extraño que concluya que “la estabilidad a largo plazo del sistema depende de la división subyacente de las lealtades entre los partidos”¹⁰.

⁷ Como admite un trabajo sobre socialización política, (descrita como “un rasgo de la vida política...”): “...se advierte al lector de que el tratamiento está bastante sesgado en favor de un modelo adecuado a las democracias occidentales, particularmente en los Estados Unidos”.

⁸ Ver, por ejemplo, el lenguaje de Heinz Eulau en Ithiel de Sola POOL (ed.), *Contemporary Political Science*, McGraw-Hill, New York, 1967, pp. 58-59; también los comentarios, más cautos, en Albert SOMIT y Joseph TANENHAUS, *The Development of American Political Science*, Allyn & Bacon, Boston, 1967, pp. 174ss.

⁹ Esto puede parecer polémico, pero, en realidad, no hago más que retomar lo que aparece en Gabriel A. ALMOND, “Political Theory and Political Science”: *American Political Science Review*, vol. LX (1966), pp. 873-875.

¹⁰ Angus CAMPBELL, “Surge and Decline: A Study of Electoral Change”, en Angus CAMPBELL *et al.*, *Elections and the Political Order*, Wiley, New York, 1966, p. 45.

Estas consideraciones resultan aún más convincentes si nos concentramos un momento en el teórico de “sistemas”. Si la sociedad se concibe como un sistema de toma de decisiones, y si la reproducción de decisiones injustas es algo comúnmente reconocido, consecuentemente el sistema es, hasta cierto punto y con cierta perseverancia, una estructura de injusticia sistemática; pues de lo contrario la idea misma de sistema quedaría en entredicho. Que un sistema particular se erija sobre ciertas vergüenzas es algo que alguna vez se reconoce, como cuando se afirma que un supuesto sistema democrático requiere una cierta dosis de indiferencia o apatía, especialmente por parte de los pobres y de aquellos que no disfrutaban de la educación. Esta reserva de los sistemas que pretenden ser democráticos, y por tanto participativos, está a veces más rotundamente instituida cuando el sistema en cuestión no es occidental:

En el Congo, en Vietnam, en la República Dominicana, queda claro que el orden depende de *convencer de alguna manera* a los estratos movilizados para que vuelvan a la pasividad y al derrotismo de los que el proceso de modernización les despertó por el proceso de modernización¹¹.

Sin embargo, en general, el teórico de sistemas tiende a subrayar las regularidades más formales. De esta manera, por ejemplo, el sistema político se define como un tipo especial de “interacciones sociales... predominantemente orientadas a una distribución impuesta de valores para una sociedad”¹². La ubicación de la palabra “predominantemente” es lo más revelador de esta definición: colocada de tal modo que califica “interacciones” y abre las puertas a la investigación subsiguiente para distinguir las interacciones políticas de las sociales. De haber usado la misma palabra para referirse a las “distribuciones”, sin duda habría emergido una visión del sistema substancialmente distinta, una en la que se vería cómo las distribuciones favorecen unas interacciones y no otras. En el trabajo citado se reconoce que esta teoría aceptada puede excluir “algunos elementos de fondo”¹³ “involuntariamente”, pero no que un sistema requiera una exclusión sistemática y deliberada de elementos clave. En vez de eso, se está de acuerdo en que “un enfoque de sistemas nos aleja de la discusión sobre el modo en que se reparte la tarta política y de lo que ocurre para que se reparta de una manera y no de otra”. El remedio para este “sesgo del *statu quo*” es volver a “teorías parcia-

¹¹ Ithiel de Sola POOL, “The Public and the Polity”, en POOL (ed.), *Contemporary Political Science*, p. 26. Énfasis añadido.

¹² EASTON, *A Framework for Political Analysis*, p. 50.

¹³ *Ibid.*, p. 48.

les” que se ocupan de aspectos concretos del *mismo* sistema, como “las teorías de toma de decisiones, estrategias de coalición, teoría de juegos, enfoques sobre el poder y el análisis de grupos”¹⁴. Lo que convenientemente pasa por alto esta receta es que se limita a reafirmar de una manera diferente los mismos criterios culinarios acerca de la tarta común, ya que cada teoría parcial pretende ser un criterio plausible del mismo todo.

No es sorprendente que una discusión acerca del método conduzca de manera natural a considerar algunas de las actuales teorías más destacadas entre los científicos políticos. La mayor parte de las teorías contemporáneas dependen de la revolución conductista, no solamente en un sentido metodológico de que las teorías en cuestión miran a las técnicas conductistas para confirmarlas o refutarlas, sino en un sentido más amplio, al compartir la misma perspectiva en lo referente a la educación, las asunciones filosóficas y la ideología política. El vínculo íntimo entre las ideas contemporáneas sobre la teoría y el método justifica tratarlas como miembros de la misma familia, formando una comunidad de rasgos comunes que he bautizado como “metodismo”. Como he intentado sugerir en las páginas anteriores, la noción de método ha venido a significar algo más de lo que estaba implícito en Bentham cuando lo denominó “el orden de la investigación”¹⁵. Puede que se entienda mejor como una alternativa al *bios theoretikos*; alteración que, como tal, es el principal logro de la revolución conductista. Sacar partido de la naturaleza de la *vita methodica* no es importante solamente para su propio bien, sino que debería ayudar a distinguirla de la actividad y de la vocación de la teoría.

II. HISTORIA DE LA IDEA DE “MÉTODO”

Una forma de acercarse a la idea de método es reconocer que tiene una historia que se remonta a la filosofía de la antigua Grecia. Al igual que *philosophia*, *methodus* solía utilizarse en relación con la noción de “camino” (*aporia*) hacia la verdad¹⁶. Pronto, *methodus* y *philosophia* comenzaron a separarse. En términos

¹⁴ David EASTON, *A Systems Analysis of Political Life*, Wiley, New York, 1965, p. 475.

¹⁵ Jeremy BENTHAM, *Works*, 11 vols., ed. de J. Bowring, Edinburgh, 1843, vol. II, p. 493.

¹⁶ HERÁCLITO, frags. 203, 235; PARMÉNIDES, frags. 342, 344-7 [Sic]. Geoffrey Stephen KIRK and John Earle RAVEN, *The Presocratic Philosophers*, Cambridge University Press, Cambridge, 1957. La idea reaparece en Niccolò MACHIAVELLI, *Discorsi*, Book I, Preface [Sic]; Alexis de TOCQUEVILLE, *Oeuvres complètes*, ed. de J.-P. Mayer, Gallimard, Paris, 1961, vol. I, p. 293.

generales, mientras *philosophia* y su hermana *theoria* tendieron a hacer hincapié en las arduas dificultades que aguardaban a quienes perseguían la verdad, los devotos del *método* comenzaron a enfatizar la economía de ser metódico, es decir, de seguir fehacientemente una secuencia de pasos mentales prescrita de antemano, un “camino recto” según la frase de Descartes¹⁷. La vieja metáfora del “camino” fue sutilmente alterada pasando a vincularse a las ventajas de adherirse a una ruta conocida en vez de abrir un nuevo camino. Una premonición de este cambio apareció en la Edad Media cuando *methodus* tendió a adquirir la connotación de “atajo”. Su expresión popular fueron los diversos intentos de realizar *compendia* sobre temas diversos¹⁸.

Durante la Edad Media y hasta bien entrado el siglo dieciséis la idea de método continuó encumbrada por la lógica escolástica y aristotélica. Como resultado, el método fue estrechamente delimitado por procedimientos lógicos cuyo principal objetivo era tamizar y ordenar el conocimiento y la experiencia heredados y no tanto descubrir cosas nuevas. Así los dos procedimientos principales de la lógica escolástica fueron la “invención” (*inventio*), o los métodos que permitían analizar los pros y los contras de propuestas en disputa, y el “juicio” o “disposición” (*iudicium*), que comprende los métodos para combinar las palabras en proposiciones, luego en silogismos o inducciones y, finalmente, en discursos completos. El carácter preservador del método fue ilustrado en un trabajo del siglo dieciséis, *The Rule of Method*, escrito por Thomas Wilson y publicado en 1551. Tras afirmar que “es más fácil encontrar una razón que crearla” comparó la lógica de la “invención” con la práctica tradicional de los cazadores al decir que “aquel que pretenda sacar partido de esta parte de la lógica debe ser como un cazador y aprender con esfuerzo a conocer el terreno. Puesto que esos lugares [por ejemplo, una marca que alerta a nuestra memoria de lo que tendríamos que hablar como probable] no son sino terrenos o campos, en ellos cualquiera que busque diligentemente encontrará lo que busque a su antojo”. En su definición de “método”, Wilson expresa claramente la noción de quien lo ve fundamentalmente como un procedimiento que ordena y clarifica “la manera de manejar una

¹⁷ René DESCARTES, *Discourse on Method*, trad. de John Veitch, en *The Method, Meditations, and Philosophy of Descartes*, Tudor Publishing Co., n. d., New York, Parte I, p. 149.

¹⁸ Véase Walter ONG, *Ramus. Method and the Decay of Dialogue*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1958, pp. 53ss.; Neal Ward GILBERT, *Renaissance Concepts of Method*, Columbia University Press, New York, 1960, pp. 3ss.

única Pregunta y prepara cómo enseñar y proponer algo de manera clara y en orden, como debe ser, según el *Methodus* latino”¹⁹.

Durante el siglo dieciséis el método continuó pensándose en términos organizativos. Petrus Ramus, el escritor más influyente de ese momento, reflejó esta tendencia. El método, de acuerdo con su definición, “es un plan por el cual se elige como primera de entre muchas cosas aquella más conspicua, la segunda en segundo lugar, la tercera en un tercero y así sucesivamente. Este término se refiere a toda disciplina o disputa. Aunque habitualmente se usa en el sentido de señal de la dirección que se toma y de atajo en el camino”²⁰. A pesar de la naturaleza estática de la concepción de Ramus, había cierta ansiedad en torno a este “nuevo tipo de ayuda”. Richard Hooker, con su ironía habitual, presenta algunas reservas al respecto:

Maravilloso remedio veloz es, y les muestra a los que lo tienen casi lo mismo en tres días, que si hubiera morado con ellos treinta años... Ya que la curiosidad del ingenio humano a menudo con peligro se adentra más en indagaciones de lo que sería conveniente, éste [el ingenio] es contenido de esta manera a tales generalidades como se muestran por todas partes, siendo aparentes incluso a los hombres de opiniones más débiles, y así, siguiendo las reglas y los preceptos de ello, podemos encontrar que es un arte que enseña la manera del discurso rápido, y sujeta a la mente humana para que no se vuelva excesivamente engreída²¹.

Apenas una generación más tarde se rechazaron los límites y Descartes presentó un “nuevo camino de discurso veloz” que prometía convertir a los hombres en “amos y señores de la naturaleza”²². El paso crucial entre Hooker y Descartes lo dio Bacon, que desarrolló la distinción entre dos tipos de *inventio*, una como técnica para descubrir lo que aún no se conoce y, la otra, para redescubrir lo ya conocido pero temporalmente olvidado²³. Bien entendido, el método no solamente prometía “el uso del conocimiento” sino, sobre todo, su “progresión”²⁴.

¹⁹ Todas las citas son de Wilbur Samuel HOWELL, *Logic and Rhetoric in England, 1500-1700*, Russell and Russell, New York, 1961, pp. 21, 23-24. La influencia ramista en los puritanos americanos ha sido comentada por Perry MILLER, *The New England Mind, The Seventeenth Century*, Beacon Press, Boston, 1939, 1961, pp. 154ss. y Appendix A.

²⁰ HOWELL, *Logic and Rhetoric in England, 1500-1700*, p. 152.

²¹ RICHARD HOOKER, *Of the Laws of Ecclesiastical Polity*, 2 vols., Clarendon Press, Oxford, 1985, I.vi.4.

²² DESCARTES, *Discourse on Method*, trad. de Veitch, Parte VI, p. 192.

²³ *Works of Francis Bacon*, 7 vols., ed. de R. L. Ellis, J. Spedding y D. D. Heath, London, 1887-92, vol. VI, pp. 268-269 [*Sic*].

Con el despliegue gradual de la idea del método, su importancia se extendió rápidamente más allá de las ventajas concretas en términos de economía y de eficiencia del esfuerzo mental. Al seguir el atajo, la mente literalmente “conducía” una investigación, es decir, comportándose de una manera especial, siguiendo un código de conducta intelectual que, mientras no pudiera llevar automáticamente a nuevas verdades, al menos prevendría a los metodistas de perderse en errores graves. De este modo el método pasó a ser una especie de disciplina diseñada para compensar los infortunios a los que la mente es proclive. “Realmente me asombro”, exclamó Descartes, “cuando pienso lo débil y lo propensa al error que es la mente”²⁵.

Descartes fue de los primeros en darse cuenta de que adoptar una actitud metódica era al menos tan importante como adquirir técnicas específicas. Adoptar un método no era como comprarse un traje nuevo, una transacción en la que solamente se ve alterada la apariencia del comprador. Era, por el contrario, una profunda elección personal, tal vez el equivalente funcional más cercano a la experiencia de la conversión que la mente moderna pueda lograr. Se entendió cuanto menos como una forma de reeducación, como explicita uno de los trabajos de Descartes, *Regulae ad directionem ingenii*. La potencia educativa del título se pierde en parte en su traducción, *Rules for the Direction of the Mind*. El *Ingenium* carga con el significado de “la naturaleza, del carácter, del temperamento” mucho mejor que las connotaciones intelectualistas de la mente, por ciertas que sean. Esta obra describió paso a paso cómo condicionar y disciplinar el *ingenium* del principiante “para hacerlo más apto para descubrir otras verdades”. Y es que la tendencia humana “a adivinar sin método, al azar”, generaba no solamente errores, sino flojera mental. “Al proceder de esta manera estamos abocados a debilitar la perspicacia de los poderes mentales” y, por tanto, hacía falta un programa educativo más estricto. “Debemos entrenarnos primero en aquellas materias que sean más sencillas, pero metódicamente. Así nos acostumbraremos a utilizar siempre caminos sencillos y familiares y así, tan fácilmente como si fuera un juego, penetraremos en la verdad de las cosas incluso más profundamente”²⁶.

²⁴ Ibid., p. 289. “Sabemos que los fundadores [de Nueva Inglaterra] estudiaban a Francis Bacon”. MILLER, *The New England Mind, The Seventeenth Century*, p. 12.

²⁵ *Meditations*, II, en *Descartes. Philosophical Writings*, trad. de N. K. Smith, Random House, New York, 1956, p. 198 [Sic].

²⁶ Rules X-XI, trad. de N. K. Smith, pp. 43-44, 47 [Sic].

El tan celebrado principio de la duda cartesiana constituyó una parte vital del nuevo régimen para la mente. La duda era el medio de preparar la mente para las *regulae* privándola así de muchas de sus resistencias. Bacon, al anticipar tal dificultad, había señalado que “es preciso encontrar un nuevo método con el fin de entrar sigilosamente en mentes tan bloqueadas y espesas” para las que solamente sería eficaz una *expurgatio intellectus*²⁷. La duda radical fue la versión cartesiana de la purga. Antes de que la mente sea capaz de proceder metódicamente, debe volverse contra sí misma, eliminando hábitos, creencias y valores adquiridos hasta verse obligada a enfrentarse a la verdad primordial del *cogito* cuya suma se ve ahora despojada de toda herencia cultural y en un silencio a-histórico. “Quienes menos hayan aprendido de todo lo que hasta ahora se ha distinguido bajo el nombre de filosofía son los más propicios para aprehender la verdad”²⁸. Lo que Bacon ya había proclamado exultante: “he purgado, barrido y nivelado el piso de mi mente”²⁹, ahora Descartes lo programaba.

Descartes adjuntó a su programa ciertas restricciones que no carecen de interés a la luz de la reciente evolución de la ciencia política. Singularizó algún asunto en forma de privilegio, como la cuestión de Dios, protegiéndola de los efectos destructivos de la duda y de la demostración metódica. Tuvo especial cuidado en evitar que el nuevo método fuera a aplicarse a cuestiones de moralidad y acción práctica. Antes de someter todo lo demás a la duda decidió aceptar los valores morales existentes como si de un “código provisional” se tratara, “por miedo a quedar falto de resolución en mis acciones”. Dicho de modo más elocuente, puesto que habitualmente han existido opiniones encontradas acerca de lo que está bien, Descartes regularía su “conducta en consonancia con las opiniones más moderadas, aquellas más alejadas de los extremos”³⁰. En cuestiones políticas fue igualmente cauto, aunque más ambivalente. Por un lado expresó su admiración por aquellas sociedades políticas que hacían gala de una simetría racional legislada por una única inteligencia; por otro lado, se abstuvo de sacar conclusiones prácticas de ello, alegando solamente que la mayoría de las sociedades se las arreglan para funcionar tolerablemente bien a largo plazo³¹.

²⁷ Citado en Paolo ROSSI, *Francis Bacon. From Magic to Science*, trad. de S. Rabinovitch, Routledge, London, 1968, p. 141.

²⁸ “Preface to the Principles of Philosophy”, trad. de Veitch, p. 288 [Sic].

²⁹ *Francis Bacon. Selected Writings*, ed. de H. G. Dick, Random House, New York, 1955, pp. 435, 533. Ver también DESCARTES, *Discourse on Method*, en N. K. SMITH (ed.), *Descartes. Philosophical Writings*, Parte IV, p. 118 [Sic].

³⁰ *Philosophical Writings*, ed. de Smith, *Discourse on Method*, III, p. 111 [Sic].

³¹ *Ibid.*, Parte II, pp. 103-104, 112.

Aunque estas observaciones políticas enfatizan la preferencia de Descartes por el método racional sobre el conocimiento heredado, son sobre todo significativas porque revelan la razón de su apoyo al *statu quo*: el miedo al desorden. Estaba convencido de que a una agitación seguiría invariablemente una reforma y que los innovadores deberían tener en cuenta que:

Las grandes instituciones públicas, una vez derrocadas, son muy difíciles de restablecer, e incluso es difícil mantenerlas erectas cuando se las agita con fuerza, siendo su caída inevitablemente violenta³².

A partir de la preferencia por el esquema institucional existente y por “la más moderada” de las morales resulta fácil identificar cuál sería la configuración que pasaría a ser expresión de lo razonable y de “lo más alejado de los extremos”. Este mundo político encaja oportunamente en la necesidad metodista, no solo por la seguridad que ofrece a sus investigaciones, sino también por las regularidades que garantiza al investigador.

¿Qué tipo de compromiso político se puede esperar de un *self* purgado de sus nociones heredadas, empeñado en apoyar los esquemas políticos y morales existentes, pero cohibido por la creencia de que son “provisionales”? Un *self* de este tipo seguramente trate la política y la moral de manera que evite tanto el criticismo como el compromiso profundos. Esta falta de compromiso conecta con la forma específica que toma el miedo al cambio profundo en el metodista político. Este renunciará descaradamente a cualquier creencia sobre la estructura natural de las sociedades políticas y declarará que “cualquier conjunto de variables seleccionadas para describir y explicar debe considerarse un sistema de comportamiento. En principio, que sea un sistema dado en la naturaleza o simplemente un constructo arbitrario de la mente humana es, en términos operativos, una dicotomía sin sentido e innecesaria”³³.

Una vez que la duda ha abolido todo comienzo privilegiado, no hay ninguna razón de peso para que sea *este* y no *ese* el punto de partida o el modo de concebir el problema dado, y es que no hay ninguna razón científica o lógica para tomar partido por el *statu quo*. No obstante, el asombroso resultado de estas elecciones arbitrarias no es un temperamento verdaderamente escéptico sino, como con franqueza admitió Descartes, rigidez y firmeza.

³² Ibid., Parte II, p. 103.

³³ EASTON, *A Framework for Political Analysis*, p. 30.

Mi segunda máxima consistía en ser tan inquebrantable y decidido en mis acciones como fuera posible, y una vez adoptadas las opiniones a las que adherirme, aunque abiertas en sí mismas a la duda, hacerlo con la misma tenacidad como si hubieran sido sobradamente confirmadas.

Descartes adornó este punto comparando la persona que se aferra con fuerza a una creencia y al viajero confuso que constantemente cambia de dirección. “Aun cuando al inicio pueda haber una oportunidad única que determine la elección de la dirección” y aunque lo que la persona decidida tome como “realmente acertado y verdadero” puede ser muy dudoso, seguro que le llevará a *algún sitio* y que, al mismo tiempo, se verá liberado de “todos los remordimientos y sentimientos que llevan al arrepentimiento y que acostumbran a turbar las conciencias” de aquellos que vacilan³⁴.

¿En qué estado se encuentra la ciencia política contemporánea en comparación con la filosofía cartesiana del método? A pesar de alguna deferencia aislada hacia la “tradicción de la teoría política”, hay una creencia ampliamente compartida según la cual dicha tradición era en buena medida a-científica, cuando no directamente anticientífica; y el rasgo definitorio de una revolución científica es la ruptura con el pasado³⁵. Comentaré con más detalle esta actitud contra la tradición cuando consideremos su trascendencia para el estudio de la política. Lo que ahora nos concierne es la visión de Descartes sobre la política y, en especial, sus recomendaciones sobre el cambio político. Es más sencillo y seguro, afirmó,

³⁴ *Discourse on Method*, trad. de Smith, Parte III, pp. 111-113 [Sic].

³⁵ “La verdadera esencia del trabajo teórico debería ser, siempre y cuando parezca apropiado, sentirse libre para tomar distancia con respecto a los límites de las formas tradicionales de mirar a la vida política”. EASTON, *A Framework for Political Analysis*, p. VIII. No cabe duda de que romper con el pasado ha sido una característica común a toda innovación teórica, incluyendo a las surgidas en la historia de la teoría política. Pero la cuestión no es tan simple tal y como lo atestigua el respeto de Platón por la tradición, la deferencia de Aristóteles hacia sus predecesores, la recuperación que Agustín hizo de los principales elementos del clasicismo y la insistencia de Maquiavelo en restaurar algunas formas del conocimiento político clásico. Probablemente fue Hobbes el primer escritor que abogó por la ruptura en sentido moderno. Alguno de los aspectos de su intento serán tratados en mi próximo trabajo *Hobbes: Political Theory as Epic* (University of California Press).

[N. del T.] Sheldon S. Wolin publicaría dicho trabajo al año siguiente con un ligero cambio de título: *Hobbes and the Epic Tradition of Political Theory*, William Andrews Clark Memorial Library, University of California, Los Angeles, 1970. La traducción al castellano de este trabajo se puede encontrar en Sheldon S. WOLIN, *Hobbes y la tradición épica de la teoría política*, trad. de Javier Roiz y Víctor Alonso-Rocafort, Foro Interno, Madrid, 2005.

reconstituir los fundamentos del conocimiento que intentar “la más leve reforma en los asuntos públicos”³⁶. Podemos encontrar su eco en la ciencia política contemporánea:

Un sistema político es un accidente. No es más que un cúmulo de hábitos, costumbres, prejuicios y principios que han sobrevivido a un largo proceso de ensayo y error y una respuesta incansable a circunstancias cambiantes. Si el sistema funciona bien en conjunto, entonces es un accidente afortunado, el más afortunado, de hecho, que le puede suceder a una sociedad... Interferir en la estructura y en las operaciones de un sistema político exitoso sería la mayor de las estupideces de las que el hombre sería capaz. Teniendo en cuenta que el sistema es tan complejo que escapa a la comprensión, la posibilidad de mejorarlo en las direcciones pretendidas es nimia, mientras que el peligro de desestabilizar su funcionamiento y poner en marcha una cadena de efectos incontrolados que terminarían por extenderse a toda la sociedad es enorme³⁷.

Podría objetarse que muchos de los científicos políticos contemporáneos rechazarían esta afirmación por extrema y tratarían de hacer notar su reiterada dedicación a la reforma. Sin embargo, sin querer menospreciar su esfuerzo, la mayoría de propuestas realizadas por los científicos políticos al debate sobre la reforma del sistema continúan siendo alternativas de pequeño alcance y fundamentadas en la asunción de que el sistema no tiene defectos inherentes o que, en caso de tenerlos, son “costes” aceptables. El resultado de todo esto es que se impide una genuina discusión teórica que cuestione con seriedad las cualidades del sistema como un todo y reflexione sobre ello. Por ello, el científico político tiende a seguir el sendero cartesiano de elogiar lo existente como “lo más moderado” o “alejado de los extremos” y defenderlo como si fuera “realmente acertado y verdadero”. Esto ha consistido hasta ahora en identificar el sistema político americano con la “política normal” y a partir de ahí intentar determinar mediante métodos empíricos los factores que la producen. De aquí se sigue entonces la explicación general de que el sistema ha funcionado normalmente, es decir, de manera estable, en la medida en que ha evitado la desmesura, esto es, el “extremismo” o la “intensidad”. Si América se ha entrenado contra estos demonios, se alega, no ha sido por la excelencia de sus instituciones o de sus ciudadanos, sino por factores como los siguientes: la ausencia de conflictos ideológicos y de

³⁶ *Discourse on Method*, trad. de Veitch, Parte II, p. 158 [Sic].

³⁷ Edward C. BANFIELD, “In the Defense of the American Party System”, en *Voting, Interest Groups, and Parties*, ed. de B. Seasholes, Scott, Foresman, Glenview, Ill., 1966, p. 130.

pasiones políticas, un nivel saludable de apatía en el votante así como cierto grado de ignorancia, partidos políticos cuya genialidad reside en abstenerse de presentar alternativas claramente definidas, la influencia de presiones cruzadas que fragmentan las lealtades de los ciudadanos y reducen su compromiso a la consistencia de la gelatina Jello³⁸, una estrategia de toma de decisiones que favorece “cambios pequeños o graduales” que no sean perturbadores³⁹ y un sistema donde el acceso al poder pasa por mantener a raya al pobre, al ignorante, al desviado y al desheredado.

III. CONSECUENCIAS DEL “METODISMO” EN LA CIENCIA POLÍTICA CONTEMPORÁNEA

En una época como la presente en la que aumentan los ataques contra el pluralismo liberal, sería fácil descartar como un lapso desafortunado la manera en la que la ciencia política contemporánea ha hecho tan buenas migas con la política americana. Acusar a la ciencia política de ser ideológicamente sesgada no explica por qué sucumbió a ese sesgo o si la naturaleza de la ciencia política en América se identifica o se ha identificado siempre con el esquema de cosas vigente. Solamente una interpretación superficial defendería que la condición de la ciencia política americana puede remediarse simplemente sustituyéndola por una ideología opuesta. Tal vez el problema se encuentre más profundamente enraizado en el pasado de la ciencia política americana y de la propia sociedad política americana. Si este fuera el caso, pretender volver al estado de la ciencia política previo a la revolución conductista no sería más que nostalgia *ante bellum*. Y de ocurrir, me temo que tanto la ciencia política como la teoría política mantendrían tintes similares.

Exponer la raíz común de un problema tan amplio como este se encuentra mucho más allá de nuestra intención ahora, pero quizá sea posible realizar alguna sugerencia con respecto a su naturaleza. Dos afirmaciones de Tocqueville nos ofrecen el punto de partida. La primera: “Casi nadie en los Estados Unidos se dedica a la parte esencialmente teórica y abstracta del conocimiento humano”. La segunda: “Entre las naciones democráticas...la trama del tiempo se rompe a cada

³⁸ [N. del T.] El autor realiza un juego de palabras utilizando la marca de gelatina Jello, muy popular en la sociedad norteamericana.

³⁹ David BRAYBROOKE y Charles E. LINDBLOM, *A Strategy of Decision*, Free Press, New York, 1963, p. 73.

instante y la huella de las generaciones se borra⁴⁰. Podría caracterizarse como la desconfianza hacia la teoría o la historia. Pero en lugar de intentar reconstruir el curso de esta desconfianza, intentaremos sugerir cómo se manifiesta en la ciencia política contemporánea, aunque recordando que la ciencia política de hoy en día está caracterizada por el metodismo cartesiano y por sus declaraciones sobre la importancia de la teoría como guía para la investigación empírica. La posibilidad que propongo explorar es si el viejo problema de América, su sospecha hacia la teoría y al pasado humano, no se ha visto agudizado, en especial en el ámbito educativo.

El primer acto metodista para el cartesiano era purgar su *self* de las opiniones adquiridas con la crianza, la educación y la experiencia compartida. El metodista contemporáneo, por su parte, lleva a cabo el mismo acto de desposesión, aunque usará del lenguaje de las ciencias sociales para explicar que debe liberar la mente, hasta donde sea posible, de sesgos y presunciones, como los que produce la clase, el estatus, la profesión, la familia, la tradición religiosa o los apegos políticos. Al hacerlo escenifica un auténtico ritual de reconstrucción del arquetipo de la experiencia americana de ruptura con el pasado. O, si esto resulta demasiado esotérico, quizá el metodista purgado no sea más que una referencia a lo que dijo Tocqueville, “America es uno de los países donde menos se estudian los preceptos de Descartes y donde mejor se aplican”⁴¹.

Este sesgo anti-tradicionalista, cultivado en nombre de la eliminación de cualquier sesgo, se ha manifestado en muchas ocasiones durante las pasadas décadas como el esfuerzo por disminuir la relevancia de la “teoría política tradicional”, como tan reveladoramente la han denominado. Algunos han deseado eliminarla por completo de la educación de los científicos políticos, mientras otros se han dedicado a sustituirla por una versión de la teoría más científica y aún otros han querido rescatar algunas proposiciones aisladas del corpus de la antigua literatura y someterlas a un test operacional. Dejando de lado las críticas que son anti-teoréticas de partida, las otras reacciones son interesantes pues a lo que se oponen no es a la “teoría”, sino a una tradición teórica. Dicho de otro modo, lo que resulta molesto de la historia de la teoría es su modo de desplegar el desarrollo de una forma heredada, que es en lo que consiste cualquier tradición. La teoría política ha sido quizás el único campo de estudio de toda la ciencia política americana que exhibe esta característica. Más aún, teniendo en cuenta que el

⁴⁰ Alexis de TOCQUEVILLE, *Democracy in America*, 2 vols., ed. de P. Bradley, New York, 1945, vol. II, pp. 42, 99.

⁴¹ *Ibid.*, vol. II, p. 3.

amplio volumen de literatura que compone esta tradición es europea, además de antigua, no resulta difícil ver por qué es objeto de sospecha.

Este mismo sesgo se manifiesta también contra las formas tradicionales de conocimiento que el metodista hereda cuando decide convertirse en un estudiante de política. Al ser una rama de estudio antigua, la ciencia política ha adquirido un conocimiento importante sobre leyes, constituciones, instituciones y prácticas no escritas. Este conocimiento heredado evoca una respuesta típicamente cartesiana y americana:

Los métodos tradicionales [de la ciencia política], como historia de la literatura, la descripción de las instituciones y el análisis jurídico han sido expresados por las dos últimas generaciones y a muchos (incluido yo) nos parece que pueden generar sabiduría, pero ni mucho menos ciencia o conocimiento. Y mientras la sabiduría es útil en los asuntos de los hombres, resulta un fiasco al pretender actuar a la altura de la *ciencia* política⁴².

Aunque alguien podría molestarse por la inquietud que provoca confrontar la “sabiduría política” y la “ciencia política”, la antítesis tiene la virtud de generar la siguiente pregunta: ¿Qué es la sabiduría política? Planteada tan vagamente la pregunta no tiene respuesta, pero cabría reformularla y que resultara fructífera. La antítesis entre sabiduría política y ciencia política implica dos formas distintas de conocimiento. La forma científica representa la búsqueda de formulaciones rigurosas que sean lógicamente consistentes y empíricamente demostrables. Como una de las formas posibles, tiene las cualidades de ser compacta, manipulable y relativamente independiente del contexto. Sabiduría política es un término un tanto desafortunado ya que, como la cita sugiere, la cuestión no es saber *qué* es sino *en qué* encaja. Ya se ha mencionado la historia, el conocimiento de las instituciones y el análisis jurídico; y podría añadirse el conocimiento de las teorías políticas del pasado sin alterar el espíritu de la cita. Este tipo de conocimiento variopinto, tomado como un todo, contrasta con el tipo de conocimiento científico. Su modo de actividad no es tanto la búsqueda como la reflexión. Está atento a la lógica, pero lo está aún más a la incoherencia y las contradicciones de la experiencia; y por esa misma razón recela del rigor. La vida política no renuncia a la relevancia de las hipótesis lacónicas, pero se muestra escurridiza y las afirmaciones coherentes sobre ella suelen ser alusivas e íntimas. Además, el

⁴² William H. RIKER, *The Theory of Political Coalitions*, Yale University Press, New Haven, 1962, p. VIII. Énfasis en el original.

contexto cobra suma importancia, ya que las acciones y los hechos ocurren en un trasfondo concreto. Por tanto, un conocimiento de este tipo tiende a ser provocador y narrativo en vez de explícito y definido. Tomando prestada la expresión de Polanyi podríamos llamarlo “conocimiento político tácito”⁴³.

La adquisición de conocimiento político tácito es principalmente materia de un tipo particular de educación, y es en este terreno donde la cuestión ha de relacionarse con el metodista político. La mentalidad que se impacienta con el pasado y con la teoría política tradicional es igualmente brusca con los requisitos del conocimiento político tácito, que está enraizado en el conocimiento del pasado y de la tradición teórica. El conocimiento que persigue el metodista se caracteriza por su propia jerga, como si de un “kit de herramientas” o de una “bolsa de trucos” se tratara. Adquirir el conocimiento preciso de las técnicas no es un asunto menor, pues suelen ser complicadas y requieren una considerable actualización, lo que significa que requiere un programa de instrucción concreto en unos métodos específicos.

El conocimiento político tácito, en cambio, se acumula a lo largo del tiempo y nunca gracias a un programa específico en el que se eligen temas concretos con el fin de producir resultados específicos. Cualquiera que sea el grado de verdad del dicho “quien viaja ligero viaja más rápido”, se necesita un equipaje variado y heterogéneo pues la vida investigadora demanda sobre todo reflexión, es decir, un morar o cavilar interior en la que la mente eche mano del complejo marco de sensibilidades construido impremeditadamente e invoca a diversas fuentes de conocimiento educado. Pero si la vida dedicada a la investigación se ciñe a la “búsqueda” metodista de conocimiento, no es de extrañar que esta búsqueda se convierta en una huída del lugar prestado y desgastado que Descartes ocupó, literal y simbólicamente, cuando escribió sus *Meditaciones*. Incluso quienes desearían dedicar sus mentes a “los datos”, son conscientes de que los datos se construyen mediante abstracciones y que, habitualmente, lo que se selecciona de los fenómenos son las huellas sutiles de prácticas y sentidos pasados que conforman el contexto connotativo de las acciones y los hechos.

Reconocer el contexto connotativo de un tema supone conocer las tradiciones que lo sustentan; y conocer esas tradiciones en las que se apoya ayuda a hacerse una idea de la disciplina, ya que este tipo de conocimiento no es proposicional, ni se reduce a fórmulas. Representa el conocimiento que nos dice lo que es apropiado para un tema concreto y cuándo un objeto de estudio es transgredido o respetado por una teoría o por una hipótesis particular. Si bien es cierto que

⁴³ Michael POLANYI, *Personal Knowledge*, Harper and Row, New York, 1964, *passim*.

la corrección o idoneidad posee múltiples formas, sobre las que hablaremos después, es imposible reducir su contenido a una mera lista de ítems. Por ejemplo, ¿podemos decir con exactitud cuál es ese conocimiento que nos incomoda con afirmaciones como la siguiente?

La mayoría de los temas interesantes en la teoría política normativa son, al final y por lo general, empíricos...Sin embargo, existe *un problema interesante en la teoría política* que es estrictamente normativo. Es el problema de la evaluación de distintas combinaciones de desideratas...Podríamos llamarlo el “problema de la utilidad” o, con una terminología más moderna, el “problema de la programación dinámica”...Sobre este problema estrictamente normativo se ha progresado más en este medio siglo que en los dos mil años previos de historia de la teoría política⁴⁴.

Aunque estas afirmaciones puedan parecer absurdas, no es sencillo decir por qué, excepto porque algunas cuestiones teóricas y políticas están siendo desprestigiadas hasta lo irreconocible. E intuimos que detrás de tales afirmaciones subyacen ciertas actitudes hacia el conocimiento que atañen al contraste entre el conocimiento metodista y sus consecuentes formas teóricas por un lado y, por otro, al saber característico del conocimiento político tácito y las teorías que sobre él se construyen. El supuesto metodista asegura que la verdad de las afirmaciones obtenidas mediante métodos científicos posee ciertas características tales como el rigor, la precisión y la cuantificación. La conexión entre el planteamiento y sus características es tan íntima que uno se puede ver empujado a creer que cuando se le presentan afirmaciones rigurosas, precisas y cuantificables está en presencia de la verdad. A la vez, una aproximación a los “hechos” cuyo planteamiento carece visiblemente de precisión, que no es cuantificable o que no tiene valor operativo se tacha de falsa, vaga, no fiable o incluso “mística”. En realidad, el contraste no se encuentra tanto entre lo verdadero y lo falso, entre lo que es fiable y lo que no, sino entre la verdad que es económica, replicable y fácilmente presentable y la verdad que no lo es. Si la verdad metodista puede ser todas estas cosas es porque es relativamente indiferente al contexto; mientras que la verdad teórica no puede serlo, pues su fundamentación en el conocimiento político tácito la inclina hacia lo que es políticamente apropiado en vez de hacia lo que es científicamente operativo.

Lo relativo a la idoneidad, al contexto y al respeto por el tema en cuestión no son temas menores, sino que tienen una dimensión realmente práctica. Impli-

⁴⁴ POOL, *Contemporary Political Science*, pp. 23-24. Énfasis añadido.

can tener o no tener recursos con los que contar cuando tenemos que decidir sobre algo de lo que no puede haber certeza. El qué “pertenece” a una investigación dada es una cuestión de este tipo; y el cómo decidir entre una teoría u otra o entre métodos rivales, son otras. Sin embargo, el tipo de conocimiento necesario para este tipo de decisiones, el conocimiento político tácito, está en peligro por la educación cada vez más institucionalizada entre los científicos políticos. La ya habitual propuesta para aumentar el dominio de los métodos por parte de los estudiantes ilustra bastante bien el problema y sus consecuencias. Podemos tomar como ejemplo un reciente volumen sobre el estudio de métodos de investigación para estudiantes de ciencia política universitarios y de posgrado. Siguiendo el espíritu cartesiano y sus *regulae*, los autores lo describen como un “libro de texto” o “manual”, “una lista” o inventario sobre “lo que hay que hacer y lo que no” con el propósito de alentar el “énfasis empírico” en la ciencia política. No contentos con ofrecer un manual de instrucción técnica, los autores reivindican las ventajas educativas y vocacionales que supondría añadir al currículum investigaciones mediante encuestas y sondeos. De esta manera, al instructor, que se encuentra en la encrucijada entre enseñar o investigar, se le asegura que puede reconciliar ambas cosas si pone a los estudiantes a trabajar para que así aprendan métodos de investigación al tiempo que él lleva a cabo la investigación. Más aún, se ensalza la idea de que el método puede superar la deficiencia del “estudiante solitario” cuyas habilidades no se adecuan a la magnitud y el tipo de problemas que la ciencia política empírica encara. Así, la máxima “hay que incrementar los recursos” decreta que el estudiante solitario sea reemplazado por “la actividad en grupo o el trabajo en equipo”. Siguiendo la misma pauta, se afirma que “las ventajas para los estudiantes son impresionantes” y que entre las supuestas ventajas destaca adquirir un *ingenium* compatible con el nuevo énfasis:

Los estudiantes ganan la oportunidad de aprender más sobre sí mismos...Pocos estudiantes viven la experiencia de luchar por mantenerse neutrales cuando investigan actitudes hostiles a las suyas. Tal instrucción de autocontrol es muy valiosa para estudiantes tercios y sobreprotegidos.

A pesar del contenido y la dirección de esta concepción de la educación, se insiste en que la nueva generación de estudiantes será capaz de hacer “lo que no

se esperaba de la generación previa de estudiantes, esto es, descubrir conocimiento nuevo y adquirir el antiguo”⁴⁵.

Pero, ¿serán capaces de verdad? Estos autores no paran de lamentarse de que por aprender “lo antiguo” los departamentos de ciencia política han padecido una “falta de aprendizaje en las habilidades de investigación” y de que el calendario convencional no ofrece a los estudiantes tiempo suficiente para aprender “muestreo, entrevistas, codificación, análisis, etc.”. Me pregunto cómo “aprenderán lo antiguo” cuando las demandas de “lo nuevo” son tan potentes que ni siquiera se discuten. Creo que en este punto sería relevante recordar la descripción de Kuhn sobre cómo se ha visto afectada la educación científica con semejante determinación por consolidar ciertos avances científicos y asegurar así un conocimiento acumulativo. Caracterizó la educación científica como “estrecha y rígida... más aún probablemente que cualquier otra, exceptuando quizá la teológica ortodoxa”. Para él, no es un buen planteamiento “producir el hombre que será capaz de descubrir fácilmente una nueva propuesta”, pero resulta admirablemente adecuado para preparar “meros científicos” y capacitar así a la comunidad para readaptarse a cualquier cambio fundamental en las orientaciones teóricas. “La rigidez individual es compatible con una comunidad que cambia de un paradigma a otro cuando la ocasión lo requiere”⁴⁶. A mi entender, los científicos políticos que citan a Kuhn con tanto beneplácito han rehusado asumir las implicaciones de su análisis para la educación científica.

Si bien la invención de métodos, como la invención de teorías, requiere un alto grado de creatividad y se reconoce con las mayores alabanzas; suele ocurrir algo relevante, quizás irónico, cuando ese descubrimiento se institucionaliza en un programa de formación. Los requisitos para quienes van a usar las teorías o los métodos distan mucho del talento de quien los descubrió aunque, paradójicamente, sus habilidades técnicas parecen ser las mismas. Descartes se dio cuenta de que un niño podría ser tan competente como el genio aplicando las reglas de la aritmética, pero nunca arguyó que el niño pudiera descubrir las reglas por sí mismo. Esto es así, no solamente por un asunto de posibilidades, sino por cuestiones desconcertantes que tienen que ver con las cualidades personales e intelectuales de quien hace el descubrimiento y con las condiciones culturales en las que se realiza⁴⁷.

⁴⁵ Charles Herbert BACKSTON y Gerald D. HURSH, *Survey Research*, ed. de J. Robinson, Northwestern University Press, Evanston, Ill., 1963, pp. XI-XV, 4, 13.

⁴⁶ Thomas KUHN, *The Structure of Scientific Revolutions*, University of Chicago Press, Chicago, 1962, p. 165.

⁴⁷ René TATON, *Reason and Chance in Scientific Discovery*, trad. de A. J. Pomerans, Science Editions, New York, 1962, pp. 64ss.

En este contexto cobra relevancia la idea de formar metodistas contemporáneos. Su idea de formación presupone varias decisiones premeditadas: sobre las técnicas específicas necesarias y sobre cómo utilizarlas, sobre lo que es secundario o irrelevante para un determinado tipo de formación y sobre el comportamiento deseable del aprendiz una vez liberado de su aprendizaje. La idea de teorizar, en cambio, aunque presupone ciertas habilidades, no puede especificar en tan solo unas líneas las habilidades necesarias, su alcance ni cómo combinarlas. Por mucho que los seguidores de Kepler despreciaran el platonismo o la astrología de su maestro, o los admiradores de Newton su fascinación religiosa, sería arriesgado menospreciar la influencia de estas consideraciones extracientíficas en la elaboración de sus respectivas teorías.

El empobrecimiento de la educación por las demandas del metodismo representa una amenaza no solamente para la así llamada teoría tradicional o normativa, sino también para la propia imaginación científica. Supone una amenaza a la cultura mediadora que nutre toda creatividad. La cultura es la fuente crucial de las cualidades para teorizar: jugueteo, inquietud, yuxtaposición de contrarios y perplejidad ante la sutil y diversa conexión entre las cosas. Por supuesto que estas cualidades no son exclusivas de la creación teórica, pero están activas cuando la mente actúa sobre el mundo de los hechos. Una mente empobrecida, por muy resolutivamente empírica que sea de espíritu, no ve más que un mundo empobrecido. Claro que esa mente no se queda incapacitada para teorizar, pero se la incitará a abstracciones remotas que, cuando se apliquen al mundo de los hechos, terminan por torturarla. Solamente hay que pensar en lo que debe ignorarse, o hacerse, en el mundo de los hechos para poder afirmar lo siguiente: “los modelos teóricos deberían evaluarse sobre todo por la precisión de su predicción en vez de por la realidad de sus asunciones”⁴⁸. Es cierto que podría señalarse que toda teoría ejerce cierta violencia sobre el mundo empírico; a lo que cabría responder que, si hay que amputar, mejor tener cirujanos que carniceros.

Por tanto, no basta con repetir lugares comunes, a saber, que los hechos no tienen sentido sin conceptos teóricos, que el sentido que adquieren los hechos desde una teoría se obtiene al precio de moldear los hechos con la perspectiva teórica utilizada. No es suficiente porque depende en gran medida de la teoría utilizada y de los recursos personales y culturales de quien la utiliza. Tal vez sea un legado debilitante del puritanismo lo que genera que admiremos la “parsimo-

⁴⁸ Anthony DOWNS, *An Economic Theory of Democracy*, Harper & Row, New York, 1957, p. 21.

nia” de nuestras teorías cuando deberíamos preocuparnos porque la constitución del mundo empírico depende de la riqueza de nuestras teorías que, a su vez, depende de la riqueza de nuestra mente inquieta. Esta preocupación muy bien podría ser el punto de unión entre el teórico científico y el así llamado teórico tradicional.

Cuando un científico observa un hecho, lo “ve” a través de conceptos que habitualmente se derivan de una teoría. Los hechos están, como claramente dijo un filósofo, “cargados de teoría”. Kepler, por ejemplo, observó muchos de los mismos hechos que sus predecesores, pero al mirarlos de manera diferente abrió la puerta a una nueva era científica⁴⁹. Lo mismo podría decirse de Maquiavelo, así como de cada uno de los principales teóricos desde Platón hasta Marx. Algunos teóricos, como señaló Tocqueville, ven de manera diferente, otros ven más allá. Probablemente todos coincidirían con Tocqueville cuando decía que para el teórico no hay nada más difícil de apreciar que el hecho en sí⁵⁰, aunque podría añadirse que ninguna condición es tan necesaria para teorizar como que los hechos no sean unívocos. Si lo fueran, la creatividad y la imaginación jugarían un papel demasiado pequeño y entonces cabría pensar la teoría como una actividad banal, algo así como una “construcción teórica”. Si los hechos estuvieran sencillamente “ahí” esperando a ser recolectados, clasificados y ajustados a una teoría (o a la contrastación de los planteamientos que de ella se derivan), los científicos políticos bien podrían declarar que “el que una proposición sea verdadera o falsa depende del grado en que esta se corresponda con el mundo real”⁵¹. Pero aunque prácticamente cualquiera estaría dispuesto a reconocer que los hechos dependen de ciertos criterios de selección o relevancia, lo que es menos frecuente es reconocer que dichos criterios normalmente resultan ser fragmentos de alguna teoría “tradicional” o “normativa” casi olvidada.

Debido a que son más polifacéticos de lo que permitiría cualquier concepción rígida de teoría empírica, los hechos tienden a ceder ante el observador cuyas capacidades mentales le permiten apreciar un hecho conocido de una manera poco convencional. Como dijo un filósofo, “dado el *mismo* mundo, podría haber sido interpretado de otra manera. Hablaríamos de él, pensaríamos sobre él, lo percibiríamos, aunque de modo diferente. Quizá los hechos estén

⁴⁹ Norwood Russell HANSON, *Patterns of Discovery*, Cambridge University Press, Cambridge, 1965, pp. 5ss.

⁵⁰ Los comentarios de Tocqueville pueden encontrarse en TOCQUEVILLE, *Oeuvres complètes*, vol. I, pp. 12, 14, 222.

⁵¹ Robert DAHL, *Modern Political Analysis*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, N.J., 1963, p. 8.

moldeados de algún modo por las formas lógicas del lenguaje factual. Quizá estas nos ofrezcan el ‘molde’ que determina cómo se coagula para nosotros el mundo en formas particulares”⁵². Una vez más nos encontramos ante la advertencia de que la riqueza del mundo fáctico depende de la riqueza de nuestras teorías: “El observador paradigmático no es aquel que ve el mundo y reporta lo que cualquier observador ve y reporta, sino el hombre que ve en objetos familiares lo que nadie más había visto antes”⁵³. Por tanto, antes de poder entender el mundo o de reflexionar sobre él, hará falta añadirle algo suplementario.

Tal y como he intentado enfatizar, la visión depende de la riqueza de los recursos con los que puede contar. Estas consideraciones extracientíficas pueden identificarse, de modo más explícito, como el conjunto de ideas de las que hace acopio una persona intelectualmente curiosa y con un considerable nivel educativo y que terminan por guiar sus intuiciones, sentimientos y percepciones. Son la fuente de su creatividad aunque raramente se explicitan en la teoría formal. Al descansar más allá de los límites circunscritos por un método, la técnica y las definiciones oficiales de una disciplina pueden resumirse como recursos culturales, que se desglosan en metafísica, fe, sensibilidad histórica o, en términos más amplios, como conocimiento tácito. Y debido a que estas cuestiones tienen cierto aire de familia con el “sesgo”, se convierten en las víctimas sacrificiales de la búsqueda de objetividad en las ciencias sociales. Si los científicos han reconocido de buen grado la importancia de muchas de estas cuestiones⁵⁴, cuánto más relevantes son estas creaciones humanas para esa forma de conocimiento, la ciencia política, que precisamente se dedica a las perplejidades de la vida colectiva, a objetos que son demasiado dinámicos a la hora de expresar sus necesidades, sus esperanzas y sus miedos.

Sin duda se esgrimirá la objeción de que si una disciplina quiere ser empírica los que la practiquen deberán estar equipados para “manejar” los datos como se hace en las ciencias que han tenido más éxito, y que sugerir lo contrario es dar por buena la herejía que dice que el conocimiento moral y filosófico podría dar lugar a un empirismo mejor. No obstante, deberíamos considerar lo siguiente.

A lo largo de la historia de la teoría política un estudiante encontrará una preocupación común por el fenómeno de la “corrupción”. Hoy, sin embargo, ape-

⁵² HANSON, *Patterns of Discovery*, p. 36.

⁵³ *Ibid.*, p. 30.

⁵⁴ Karl POPPER, *The Logic of Scientific Discovery*, Science Edition, New York, 1961, pp. 19, 38.

nas sabemos cómo hablar de ella⁵⁵ salvo cuando surge en sociedades no occidentales. Pero es un hecho documentado y común que el “crimen organizado” ejerce una influencia y un poder significativos, que controla una enorme riqueza y que exhibe muchas de las características que suelen despertar el interés de los científicos políticos, por ejemplo su organización, la autoridad, el poder, los lazos de parentesco, las reglas y el consenso sólido. A pesar de las prometedoras posibilidades de investigación, ningún manual sobre el gobierno americano incluye referencia alguna al crimen organizado en “el sistema”; ningún estudio sobre la “poliarquía” o la comunidad de poder ha dado cuenta de ello. No está fuera de lugar sugerir que esta omisión empírica está conectada con la creencia de que el conocimiento moral es empíricamente irrelevante.

O, por tomar otro ejemplo, uno puede pensar en muchos buenos estudios empíricos que nunca se han realizado porque la ciencia política contemporánea se las ha procurado para que el concepto insulso y favorecedor del *statu quo* de “socialización política” sustituya a la antigua idea de “educación política”. Si en vez de cegar nuestros curiosos ojos con un planteamiento que entiende que “la conducta está *politizada* según el grado en que esté determinada por consideraciones sobre el poder de indulgencia o las privaciones que uno sufre a causa de otros”⁵⁶; y tomáramos en serio las viejas hipótesis, como la avanzada por J. S. Mill según la cual “el primer elemento del buen gobierno...al ser la inteligencia y la virtud de los seres humanos la que genera la comunidad, el elemento más importante para llegar a la excelencia que cualquier forma de gobierno puede tener, es promover la virtud y la inteligencia del pueblo”⁵⁷, tal vez seríamos más sensibles a la importancia de los estudios genuinamente empíricos sobre cuestiones políticas verdaderamente claves. Por ejemplo, pensemos en la riqueza empírica de un estudio sobre los impuestos sobre la renta, especialmente de las

⁵⁵ Una excepción sería Samuel HUNTINGTON, “Political Development and Political Decay”: *World Politics*, vol. 17 (April, 1965), pp. 386-430. Como muestra de una forma contemporánea de lidiar con estos problemas puede verse Arnold A. ROGOW y Harold D. LASSWELL, *Power, Corruption and Rectitude*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, N. J., 1963. Este trabajo critica el epigrama de Acton, señala cómo una misma actitud contra el poder condujo a la doctrina de la separación de poderes, cómo esta frustra a la mayoría y cómo puede manejarse el problema mediante sanciones burocráticas y orgánicas.

⁵⁶ Harold D. LASSWELL y Abraham KAPLAN, *Power and Society. A Framework for Political Inquiry*, Yale University Press, New Haven, 1950, p. 145.

⁵⁷ *Representative Government*, cap. II, Everyman Edition, p. 193 [Sic]. Mi punto de vista no se vería afectado si la socialización política fuera definida de alguna otra forma contemporánea, como “aprendizaje de roles” o como “una disposición para tolerar decisiones contrarias a lo que uno quiere y demanda”. EASTON, *A Systems Analysis of Political Science*, p. 272.

implicaciones morales y políticas que conllevan para la educación cívica. La estructura de los impuestos sobre la renta es un registro del poder o la impotencia de nuestros grupos sociales, económicos y étnicos; de la valoración oficial atribuida a las diversas actividades sociales mediante un patrón generalmente aceptado. Es también un sistema de incentivos para el comportamiento ya que define lo que es virtuoso, disoluto o moralmente indiferente; y mediante este apoyo tácito a un comportamiento que de otra manera sería considerado censurable, se refuerza la legitimación gradual de tal comportamiento y configura lo que suele llamarse “la virtud de la ciudadanía”. Sería difícil imaginar un campo tan rico para la investigación conductual o de una que ofrezca más conocimiento sobre la calidad de vida en esta república. Pero sigue sin cultivarse porque nuestro empobrecido entendimiento de la virtud y educación cívicas nos han llevado a abandonarlo.

Finalmente, uno no puede evitar preguntarse si la ciencia política, al haber echado por la borda las preocupaciones “metafísicas” y “normativas” sobre la justicia a favor de la investigación sobre el “comportamiento jurídico” y el “proceso jurídico”, no estará cosechando sus resultados: una incapacidad para tratar un grave fenómeno como es el peligroso retorno de los juicios *políticos* en América hoy en día y para reflexionar sobre lo que estos juicios significan para el futuro de la legitimidad y la autoridad del Estado.

Si la presencia o ausencia de la moral y de elementos filosóficos afecta al proceso por el cual las teorías conforman el mundo empírico, la elección entre teorías parecería un tema serio. Pero una vez más, el ambiente actual trivializa lo que implica formular una teoría y confunde así la importancia de elegir entre formas rivales de concebir el mundo. La siguiente cita puede ser exagerada pero revela las fantasías de los científicos conductistas acerca de las teorías:

En un informe titulado *Communication Systems and Resources in the Behavioral Sciences*, el Comité de Información en las Ciencias Conductistas destaca un sistema ideal que efectivamente proporcionaría a los investigadores un sistema informático análogo a un colega inteligente y bien informado. Este colega leería de todo, tendría una memoria excelente, sintetizaría nuevas ideas, siempre estaría disponible y sería sensible a las necesidades de cada investigador. El sistema informático respondería a cualquier solicitud directa del individuo relativa a hechos, datos y documentación; podría tomar la iniciativa y estimular al investigador sugiriendo nuevas ideas, hechos o literatura de interés; reaccionaría de manera inteligente al trabajo del científico (analizando su lógica, señalando implicaciones posi-

bles, sugiriendo pruebas...); y podría ayudar a diseminar ideas y ofrecer retroalimentación desde la comunidad científica⁵⁸.

Si podemos asumir sin temor a equivocarnos que elegir una teoría o un método no es lo mismo que elegir a un amigo solícito que, como Nietzsche enseñó, sería digno de ser tu enemigo, puede que queramos ir más allá. Cuando elegimos una teoría o un método, ¿estamos eligiendo algo de gran importancia, algo así como un sentido del yo, o algo más inocuo, como una “construcción intelectual” o un “esquema conceptual”? ¿O algo despersonalizado, como “una serie de proposiciones lógicamente consistentes, interconectadas y verificables empíricamente” o algo como “una afirmación generalizada sobre las interrelaciones entre un conjunto de variables”?

Indudablemente, estas caracterizaciones nos dicen algo sobre los rasgos formales de una teoría, pero son engañosas en su parsimonia. Si reformulamos la pregunta de la siguiente forma “¿cuál es la relevancia humana de elegir una teoría?”, entonces queda de manifiesto que lo que está en juego es mucho más. Elegir una teoría es relevante por dos razones contradictorias: introduce nuevas formas de pensar, evaluar, intuir y sentir; y requiere un sacrificio sustancial de las formas existentes en esos mismos procesos humanos. El primer punto es obvio, el segundo no tanto. Ello es debido a que, como la ley de la traición, los libros de Historia suelen escribirlos los vencedores, y por tanto los sacrificios que acompañan al triunfo de una nueva teoría pueden pasarse por alto o quedar cubiertos de una suerte de nostalgia jacobita⁵⁹.

La historia de la teoría política es instructiva en este punto, ya que muchos de los grandes teóricos innovadores eran muy conscientes de estar eligiendo entre alternativas teóricas. Sabían que el verdadero drama de teorizar consistía en proponer una teoría que no tuviera cabida entre los valores y percepciones preponderantes del mundo. Cuando Hobbes permitió que sus lectores quedaran “estupefactos” por su teoría⁶⁰, no estaba únicamente planteando la cuestión obvia de que sus ideas acerca de la religión, la autoridad, los derechos y la naturaleza humana eran incompatibles con las nociones religiosas y políticas tradicionales, sino algo más profundo, de modo que a menos que sus lectores estuvieran dis-

⁵⁸ *Political Science*. Newsletter of the American Political Science Association, vol. I, n.º 1 (Winter, 1968), p. 25 (col. 1).

⁵⁹ [*N. del T.*] Referencia al movimiento jacobita caracterizado por el tradicionalismo y la nostalgia del pasado de Escocia. Fue comenzado por Jacobo II Estuardo Rey de Inglaterra a finales del siglo diecisiete.

⁶⁰ *De cive*, Pref. *ad finem* [*Sic*].

puestos a replantearse o desechar esas nociones, no podrían captar el sentido profundo de la teoría y la teoría no podría tener efecto real en el mundo. El mismo planteamiento hacía Platón al desafiar los valores tradicionales griegos y el *ethos* democrático de Atenas; o Agustín en su intento de acabar con las nociones clásicas de historia, política, virtud y religión. De los escritores más recientes, ninguno ha sido tan sensible como Max Weber a las pérdidas emocionales y culturales al servicio del compromiso con el racionalismo científico.

Si bien nuestra forma contemporánea de hablar no ha ocultado el drama de la teoría ni su demanda, ha trivializado ambas cosas. Las teorías se asimilan a aparatos que “se enchufan” a la vida política y, dado que la naturaleza de los dispositivos los condena a una intrínseca obsolescencia, “las teorías están hechas para arder”, quedando solo la pequeña luz mortecina que alumbra el camino hacia “teorías más científicas y procedimientos de investigación más eficientes”⁶¹. Si adoptar una teoría equivaliera a “probar una idea”, a contrastar una hipótesis, o seleccionar una técnica, no tendría sentido oponerse a que este tema se tratara con indiferencia.

Una teoría, como mínimo, nos exige ciertos compromisos con respecto a nuestro tiempo, atención, nuestras energías y habilidades. Por decirlo más claramente, adoptar una teoría supone una suerte de sumisión a una serie de consecuencias tanto para quien la adopta como para quien le imita; sin olvidar ese rincón del mundo sobre el que la teoría busca cambiar nuestra mentalidad. Hace falta una cierta sensibilidad, unas formas de pensar y sentir que no son directamente formulables pero que conciernen a una capacidad de discernimiento del juicio. ¿Por qué es así? Simplificando mucho la respuesta, en cuestiones políticas y sociales tendemos a pensar de una de estas dos maneras: al tratar de explicar, entender o valorar, nos podemos preguntar cómo es, o qué es lo apropiado. Lo primero nos invita a pensar metafóricamente; como por ejemplo la idea de Hobbes de que el representante es como un agente, o la noción contemporánea de la sociedad política como un sistema de comunicaciones. Desde Platón, los teóricos han reconocido lo fructífero que resulta el pensamiento metafórico, pero también se han dado cuenta de que en ciertos momentos cruciales una metáfora puede resultar confusa, básicamente porque la metáfora tiene una fuerza propia que conlleva implicaciones grotescas para el objeto o los sucesos que debería ilustrar. Un ejemplo reciente de este escollo lo ofrece el trabajo del profesor Deutsch *The Nerves of Government*, que defiende el concepto de sistema de

⁶¹ David APTER, *The Politics of Modernization*, University of Chicago Press, Chicago, 1965, p. X.

comunicación como modelo útil y apropiado para la teoría política. Su propuesta descansa en una combinación de dos metáforas y su éxito reside en la confusión entre ambas. La primera metáfora consiste en comparar la naturaleza del pensamiento humano y de la acción intencional con el funcionamiento de un sistema de comunicaciones; así, por ejemplo, “el problema del valor” se equipara a un “problema de conexión” o la “conciencia” se presenta como “análoga” al proceso de retroalimentación⁶². La segunda metáfora supone el procedimiento inverso: tratar al sistema de comunicación como si fuera una persona. Cualidades humanas como la “espontaneidad”, el “libre albedrío” y la “creatividad” pueden “introducirse” en la máquina de tal modo que así resulta posible realizar proposiciones empíricas sobre una sociedad derivadas de las operaciones de esa máquina. Sin embargo, para que el argumento sea perfecto, antes se debe mecanizar el comportamiento humano para, luego, humanizar los procedimientos mecánicos. Una vez que se ha conseguido esto, pueden producirse resultados grotescos; por ejemplo, la reorganización interna de un sistema o de una persona que reduzcan la efectividad de su “persecución de metas” se describe como “patológica” o como algo que recuerda a lo “que algunos moralistas llaman pecado”⁶³.

La segunda forma de juzgar pregunta qué es lo apropiado. La idoneidad del juicio no se puede condensar en una fórmula, pues se configura a partir de diversas formas variadas de conocimiento para las que no hay límite natural. Esta condición está arraigada en la propia búsqueda por parte de la teoría social y política de un conocimiento teórico del “todo”, construida sobre campos de la actividad humana interrelacionados y que se cruzan en los ámbitos de acción humana. Ya sea la tarea primordial de la teoría explicar o valorar, el teórico pretenderá establecer “divisiones” en el mundo humano y plasmarlas en términos teóricos. Por ejemplo, ¿qué aspectos de esa parcela que llamamos “religión” tienen relación significativa con la denominada “economía”? Ineludiblemente, una teoría política es, entre otras muchas cosas, una suma de juicios, conformados por lo que el teórico considera que importa, y que se plasman en una serie de discriminaciones sobre hasta dónde alcanza un ámbito y dónde comienza otro. Las discriminaciones pueden tener que ver con lo que sea lo público y lo privado, con lo que puede ponerse en peligro o reforzarse si los acontecimientos suceden en una dirección u otra o con las prácticas, incidencias y condiciones que posibilitan esa situación. La dificultad sigue siendo la misma, más allá de que la inten-

⁶² Karl W. DEUTSCH, *The Nerves of Government*, Free Press of Glencoe, New York, 1963, pp. 94, 98.

⁶³ *Ibid.*, pp. 91-92.

ción teórica sea ofrecer una explicación descriptiva, una aproximación crítica o una solución preceptiva. En virtud de ser parte de un todo, cualquier ámbito se difumina y se funde con el resto. ¿Dónde termina, por ejemplo, la cura de las almas y dónde comienza la superioridad de la autoridad política sobre la religiosa? ¿Cuándo los efectos de la educación técnica pasan a ser cuestiones éticas y de carácter? ¿Dónde comienza la autonomía de las prácticas judiciales y administrativas y dónde terminan los “misterios del estado”? ¿Hasta qué punto el ímpetu de las Cruzadas ha de atribuirse a motivos religiosos o a consideraciones políticas y económicas?

Si la tarea de la teoría, según sugirió Platón hace tiempo, consiste en localizar las “grietas reales” de las cosas y “evitar trocear la realidad en pequeñas partes” o dibujar límites falsos⁶⁴, entonces el sentido de lo que es apropiado se vuelve decisivo. Dada la preocupación del teórico con el todo, con la interdependencia de los ámbitos humanos, de los valores y de las expectativas con los que los hombres han investido a cada uno de sus ámbitos; y dado el último y fascinante hecho de que el hombre es uno pero sus ámbitos son múltiples; entonces un juicio teórico que por definición deba discriminar, solamente podrá evitar establecer determinaciones inapropiadas si es civilizado por una cultura meditativa. Ser civilizado no remite solamente a la cualidad de ser sensible a las demandas y características de muchas áreas de conocimiento, sino, de acuerdo con una vieja definición, interpretar lo que es apropiado para una comunidad civil.

IV. LA VOCACIÓN DEL TEÓRICO POLÍTICO

Si el análisis hasta ahora ha logrado lo que pretendía, habrá sugerido que el triunfo del metodismo implica una crisis en la educación política cuya principal víctima es el conocimiento político tácito que tan vital es a la hora de elaborar juicios, no solo acerca del valor o grado de adecuación de las diferentes teorías o métodos, sino también sobre la naturaleza de la política y sus perplejidades. Aquí reside la vocación de quienes preservan nuestra comprensión de las antiguas teorías, de quienes agudizan nuestra sensibilidad hacia lo sutil, de la compleja interacción entre la experiencia y el pensamiento políticos y de quienes protegen nuestra memoria de los agonizantes esfuerzos del intelecto por replantear las posibilidades y amenazas que nos plantean los dilemas políticos del pasado. Al

⁶⁴ *Politicus*, 262 b-c [Sic].

enseñar las antiguas teorías, el teórico con mentalidad histórica se compromete con la tarea de la iniciación política; esto es, presenta a las nuevas generaciones de estudiantes las complejidades de la política y los esfuerzos de los teóricos por afrontar lo que predicán; desarrolla la capacidad de discriminar los juicios comentados previamente y cultiva el sentido de “relevancia” que, como Weber tan bien entendió, es vital para la investigación científica pero que los métodos científicos no nos pueden proporcionar; y, finalmente, explora cómo se abren nuevos panoramas teoréticos.

Para quienes se dedican a la historia de las teorías políticas, la vocación se ha convertido en una exigencia del presente. El grado de exigencia puede calibrarse echándole un vistazo a la explicación que da Kuhn sobre cómo trata la invención científica a su propio pasado⁶⁵. Durante el periodo de formación se exige a los estudiantes que manejen los manuales en vez de familiarizarse con la creatividad de los escritos de los grandes científicos del pasado. La enseñanza característica de los manuales, según Kuhn, consiste en enseñar cómo los grandes logros del pasado prepararon el camino hacia el estadio actual del conocimiento y la teoría. Como resultado, las discontinuidades se dejan de lado, se descartan, o se asume que las teorías sin éxito eran inferiores, y la idea del progreso metódico pasa a dominarlo todo.

Lo fácil que resulta empobrecer el pasado haciéndolo parecer como el presente se explicita en cómo los científicos sociales se han rendido al mismo lenguaje que los manuales científicos de los que habló Kuhn. “Como Aristóteles, el primer científico conductista, señaló hace mucho tiempo...”⁶⁶ o, de nuevo, “la persuasión conductista en política representa un intento, mediante modos modernos de análisis, de hacer realidad la búsqueda del conocimiento político iniciada por los teóricos políticos clásicos”, aunque se admite que la teoría clásica es “en mayor medida prescriptiva y no descriptiva”⁶⁷. Lo que parece olvidarse es que quien lee teorías anteriores no lo hace porque nos sean familiares y, por tanto, busquemos confirmarlas, sino porque resultan extrañas y por tanto provocativas. Si se interpreta a Aristóteles como el primer conductista, tendrá solo interés en clave de anticuario y merecerá más la pena leer a nuestros contemporáneos.

⁶⁵ KUHN, *The Structure of Scientific Revolutions*, pp. 162-168.

⁶⁶ Bernhard BERELSON y George STEINER, *Human Behavior*, Harcourt, Brace & World, New York, 1964, p. 13.

⁶⁷ EULAU, en POOL (ed.), *Contemporary Political Science*, p. 7 [Sic]. Ver también Gabriel ALMOND y Bingham POWELL, *Comparative Politics: A Developmental Approach*, Little, Brown, Boston, 1966, p. 214; Hayward ALKER, *Mathematics and Politics*, Macmillan, New York, 1965, pp. 6-8.

Lo que cabría esperar de una lectura de Aristóteles es que incrementara nuestra comprensión de lo político. Lo que deberíamos esperar del estudio de la historia de las teorías políticas es que permita apreciar la dimensión histórica de la política. Cultivar la comprensión de lo político supone adquirir sensibilidad hacia las enormes complejidades y el drama de decir que el orden político es la más completa de las asociaciones y responsable última como ninguna otra de sustentar la vida moral, cultural, material y física de sus miembros. Comprender la política también enseña que el orden político se va articulando a lo largo de la historia; el pasado pesa en el presente, conformando alternativas y presionando con su propia fuerza. A día de hoy la modalidad histórica se ignora por completo en favor de modos de comprensión que son en sí mismos incapaces de construirse sobre conocimiento histórico. Así, una de las características más sorprendentes de la teoría de juegos, de los modelos comunicativos y de los sistemas mecánicos es que en cada caso la noción de organización es esencialmente a-histórica.

La amenaza a la comprensión política no puede negarse arguyendo que podemos sustituir con equivalentes más funcionales el lenguaje más antiguo o que podemos traducir viejas nociones en términos más empíricos. Desde tiempos inmemoriales los escritores han hablado de las “cargas” que implica gobernar, de la “angustia” de elegir y de la “culpa” de los actores que han de emplear la coerción. Equiparar tales acciones a los cálculos de los jugadores o describirlas como “toma de decisiones” o como exumos es una distorsión de ambos lados de la analogía. Si en el juego, por ejemplo, la angustia, la carga y la culpa fueran elementos recurrentes, todo el contexto connotativo que rodea a la idea misma del juego desaparecería y nadie “jugaría”. Filóstrato, un antiguo escritor, comentó una vez sobre la pintura que nadie podría comprender las técnicas imitativas del pintor sin un conocimiento previo de los objetos representados. Pero cuando lo que se intenta es transmitir conocimiento, no ya mediante técnicas imitativas, sino con señales y símbolos abstractos que representan objetos comúnmente comprendidos, todo depende de que se entienda realmente lo que significa el símbolo. ¿Se entienden, por ejemplo, los tipos de juicio discriminatorio que han quedado en suspenso cuando el símbolo de un insumo pasa a representar como idénticas una protesta a favor de los derechos civiles, una delegación de la Asociación Nacional del Rifle y una huelga del sindicato de United Auto Workers (UAW). ¿Se entiende que lo que permite discriminar entre estos insumos es el conocimiento tácito derivado de fuentes bien distintas a la teoría de sistemas? De nuevo, ¿se podrá enmendar el hecho de que la teoría de sistemas permite hablar de toda una sociedad política sin siquiera mencionar la idea de justicia, salvo en la distorsión de su contribución al “mantenimiento del sistema”? ¿Se es consciente de que si

uno se centra en el orden político americano en tanto que *sistema* no hay que confrontar la incómoda posibilidad de que sea un *imperium* de poder sin par? Si, como refutación, los científicos políticos reivindican que el tipo de estudios a los que nos hemos referido antes en realidad presuponen el conocimiento que daría un sentido político a los métodos formales, entonces es preciso responderles que la ciencia política contemporánea amenaza con dibujar con tiza un círculo vicioso a su alrededor: sus métodos de estudio presuponen una hondura de la cultura política que sus métodos educativos destruyen.

Pero ¿qué sucede con la vocación según la cual la teoría política, más que transmitirse, se crea? Los testimonios de que tal vocación existió pueden encontrarse en la antigua noción del *bios theoretikos*, así como en los logros concretos de una larga lista de escritores desde Platón a Marx. ¿Cómo entender entonces esta tradición que contiene una idea de vocación que resulta relevante para el desafío planteado por el prestigio de la ciencia y por el estado actual de la vida política?

V. NATURALEZA Y PAPEL DE LOS TEÓRICOS POLÍTICOS ÉPICOS

De aquí en adelante desarrollaré la tesis de que la idea tradicional de la teoría política muestra algunas características que recuerdan a la teoría científica pero que, por virtud de su relación con la política, son únicamente territorio de aquella. Para acentuar la naturaleza singular de esta vocación la llamaré vocación del “teórico épico”, una caracterización que probablemente parezca presuntuosa o preciosa, pero que he elegido para llamar la atención sobre las descomunales “magnitudes” de este modo de teorizar y sobre su estilo y propósito distintivos.

Tal vez la pretenciosidad de la frase pueda atenuarse recordando brevemente una concepción comparable de la teoría en la obra de Kuhn. Él utiliza la expresión ciencia “extraordinaria” para describir las contribuciones de los grandes innovadores científicos. La clave del planteamiento de Kuhn es que estas teorías marcan una ruptura con las anteriores; es decir, inauguran una nueva forma de mirar al mundo, lo que incluye un nuevo conjunto de conceptos, así como nuevos parámetros normativos y cognitivos. Si tomamos esto como orientación a la hora de pensar sobre las grandes teorías, el primer rasgo compartido por los teóricos épicos tiene que ver con sus magnitudes. Mediante un acto de pensamiento, el teórico pretende re-articular todo el mundo político. Intenta captar las estructuras del presente y sus interrelaciones, y re-presentarlas de una manera nueva. Como la teoría científica extraordinaria, tales esfuerzos implican un

nuevo modo de mirar al mundo familiar, una nueva manera con sus propios parámetros normativos y cognitivos⁶⁸.

El segundo aspecto de la teoría épica puede percibirse si entendemos la teoría no solo como una estructura de rasgos formales sino también como una *estructura de intenciones*. La estructura de intenciones se refiere a las pretensiones de control del teórico, las consideraciones que determinan cómo han de desplegar las características formales del concepto, el hecho, la lógica y la interconexión para intensificar el efecto del conjunto. Utilizo la palabra “pretensiones” para reconocer que las estructuras muestran una considerable variedad y que para mantenerla ha tenido que haber una característica que se mantenga en todas ellas, una que quizá pueda parecer simple a nuestra época de desenmascaradores donde todos los emperadores van desnudos. La mayor parte de las grandes teorías del pasado estaban fundadas en el “interés público”, una cualidad que no era algo secundario en la actividad, sino fundamental para la idea misma de estar comprometido con la teoría *política*. El “realista” cínico, Maquiavelo, profesó lo siguiente: “amo más a mi patria que a mi alma”⁶⁹. Tomás Moro, en su diálogo *Utopía*, escribió enfáticamente sobre el compromiso del teórico: “si no puedes arrancar las opiniones desatinadas de raíz, si no puedes curar de acuerdo al deseo de tu corazón los vicios perdurables”, declara al filósofo puro representado por Hythloday, “no debes por ello abandonar la república”⁷⁰. Hobbes, que no era de los que idealizaban los motivos humanos, se presentaba a sí mismo como “alguien cuya profunda pena por las actuales calamidades de mi patria” le llevó a hacer teoría⁷¹. Sentimientos similares abundan en los escritos de Platón, Agustín, Locke, Rousseau, Bentham, Tocqueville y Marx entre otros. Esta unanimidad sugiere que si un Platón o un Marx habían dicho lo que el científico moderno afirma repetidamente, y lo que algunos científicos sociales andan peligrosamente cerca de decir, esto es, que no son responsables de las consecuencias sociales y políticas de sus investigaciones, pueden resultar entonces más que censurables, insensatos. La preocupación por la *res publicae* y la *res gestae* es tan irreducible y natural para la vocación del teórico como la preocupación por la salud para el médico. Esta cualidad de preocuparse por los asuntos

⁶⁸ Aquí solo hace falta recordar la larga discusión de Platón sobre la cognición o el empeño de Hobbes por situar la filosofía política sobre bases más científicas y nuevas.

⁶⁹ *Letter to Vettori*, 16 de Abril de 1527 [*Sic*].

⁷⁰ Thomas MORE, *Utopia*, trad. de E. Surtz, Yale University Press, New Haven, 1964, Libro I, p. 49.

⁷¹ HOBBS, *De Cive*, ed. de S. P. Lamprecht, Appleton, New York, 1949, Prefacio al lector, p. 18.

públicos contrasta claramente con el escenario mental que cree que “la formulación de un tema como problema de la investigación es el primer paso en la investigación científica y, como tal, debería ser respaldado en primer término por los requisitos del procedimiento científico”⁷².

Puesto que la historia sugiere que todas las sociedades políticas han soporado y empleado violencia, crueldad e injusticia, y conocida la derrota de las aspiraciones humanas, no sorprende que la preocupación del teórico por la *res publicae* y por el bien común hayan sido temas abordados especialmente por las teorías críticas y, en el sentido literal, radicales. Por qué sucede esto y su importancia para la vocación contemporánea del teórico puede ilustrarse recurriendo una vez más a Kuhn. Kuhn afirmó que las revoluciones científicas suelen ocurrir cuando comienzan a aparecer “anomalías” persistentes en la investigación, esto es, cuando los fenómenos con los que se topa no pueden encuadrarse en la teoría. Para calificar un fenómeno como anomalía debería, en principio, ser explicable mediante la teoría; o, planteado de otra forma, la anomalía debe ser relevante con respecto a los tipos de problemas para los que la teoría pretende encontrar explicación. No cuenta como una anomalía si plantea una cuestión que la teoría no reconoce como importante ni a la cual espera responder.

El concepto de anomalía insinúa que una crisis científica se produce porque hay algo equivocado “en” la teoría. Cuando la naturaleza no responde a las expectativas del científico, este reacciona reexaminando sus técnicas y teorías. Asume que el “error” reside en unas u otras, no en la naturaleza. Si revisamos algunas de las frecuentes críticas contra las teorías políticas tradicionales por parte de los científicos políticos contemporáneos, la relación de la anomalía con la ciencia política se hace más clara. Suele acusarse a estas teorías políticas de inútiles a la hora de explicar el comportamiento electoral, la apatía política, la formación de actitudes políticas relevantes y el nivel concreto de control ejercido por el electorado. “Si alguien me preguntara ‘cómo puedo saber qué tipo de gente participa más en política y por qué’, le animaría a empezar por los estudios más recientes y que siguiera hacia atrás. Sinceramente dudo que pudiera obtener alguna ayuda de Aristóteles, Rousseau o de los *Federalist Papers*”⁷³. De tales críticas se concluiría que las teorías políticas tradicionales carecen de valor al no poder explicar por qué el mundo político es como es. Hay, en otras palabras, algo “fallido” en las teorías. Que este tipo de críticas se mantenga vigente depende de la comprensión previa de las intenciones del teórico épico: ¿a qué respondían sus

⁷² SELLTIZ, *Research Methods in Social Relations*, p. 31.

⁷³ DAHL, *Modern Political Analysis*, p. VIII.

teorías? Como hemos mencionado antes, cuando se cree que algo “falla”, los científicos buscan el error en la teoría, no en el mundo. Esta misma asunción resuena en el conductista contemporáneo cuando escribe que “si hay una crisis, entonces, la crisis se encuentra en la teoría de la representación, no en la institución de la representación”⁷⁴. Sin embargo, la asunción del teórico épico es diferente y opuesta. Su preocupación se centra en una magnitud particular de los problemas generados por eventos concretos o por el estado de ciertos asuntos en el mundo, más que en los problemas relativos a las deficiencias del conocimiento teórico. Por cierto, los *problemas de mundo* y los *problemas-de-la-teoría* a menudo están interconectados, pero los primeros tienen prioridad entre los teóricos épicos llegando a ser determinantes para los segundos. La conformación de la experiencia ha sido el recurrente problema del mundo político, no de las teorías acerca del mundo. Lo problemático emerge cuando la vida política se experimenta bien como una amenaza o como una promesa. La mayor parte de las teorías importantes fueron respuesta a una crisis; reflejaron la convicción de que o bien la acción política podría destruir prácticas y valores civilizados, o de que podrían ser los medios que liberaran demonios como la injusticia o la opresión. Estas polaridades pueden reconocerse en las respuestas opuestas de Burke y Paine a la Revolución Francesa o en las de Tocqueville y Marx a los acontecimientos de 1848. La cuestión no es que las teorías surjan de dos en dos, o que el mismo acontecimiento pueda interpretarse de maneras dispares e igualmente convincentes; sino más bien que el objeto de las teorías épicas no resulta de las crisis en las técnicas de investigación, sino de las crisis en el mundo.

En el lenguaje de la teoría, crisis denota desequilibrio. Una forma de desequilibrio es la que resulta de fuerzas y condiciones sobre las que no hay control, como la plaga que sacudió a Atenas durante la resistencia contra Esparta y que, según Tucídides, debilitó las convenciones vitales del gobierno de la vida política ateniense. Otras formas de desequilibrio se acercan más a lo que Aristóteles llamó las cuestiones contingentes, es decir, cuestiones sobre las que los hombres pueden deliberar y elegir de modo significativo. Este tipo de desequilibrios se ven propiciados por ciertos tipos de “errores” o “equivocaciones”: en los *acuerdos*, en las *decisiones* y en las *creencias*. Obviamente, los tres suelen estar interrelacionadas y combinarse: las creencias erróneas pueden producir malos acuerdos y decisiones necias; una decisión insensata, que, por ejemplo, exagere los recursos de una sociedad, puede animar creencias erróneas, como la ilusión de omnipotencia. A pesar de su obviedad, estos tres tipos de errores pueden ayudar-

⁷⁴ EULAU, en POOL (ed.), *Contemporary Political Science*, p. 55 [Sic].

nos a aclarar los problemas específicos de la teoría política tradicional. Resulta demasiado vago apuntar que los teóricos encuentran estímulo en los *problemas del mundo*, y es engañoso decir simplemente que se sienten atraídos por los problemas sobre lo que se puede decir y hacer algo. Lo que verdaderamente importa es que el problema sea realmente teórico. Un problema como el de la ineficiencia del servicio postal o la impracticabilidad de los comités legislativos puede atribuirse a errores en los acuerdos (como la imperfecta delegación de autoridad administrativa), o creencias equivocadas (como pensar que la veteranía es el mejor criterio para determinar los comités de presidencia), o una combinación de acuerdos erróneos y creencias falsas. Sin negar la importancia práctica de estos problemas, no son de naturaleza teórica sino técnica: afectan a los medios más expeditivos para conseguir unos objetivos que, en su mayor parte, están acordados de antemano. Asimismo, la pregunta sobre cuál es la decisión correcta bajo ciertas circunstancias es una cuestión de razón y juicio prácticos, no de teoría.

No obstante, existe una situación en la que acuerdos, decisiones y creencias resultan teóricamente interesantes. Y es cuando son “sistemáticamente equivocados”: cuando los acuerdos o las decisiones no parecen consecuencias fortuitas de un sistema que de otra manera funcionaría aceptablemente bien ni tampoco resultado de la debilidad personal del algún funcionario, sino como resultado intrínseco de un conjunto más extenso de males capaces de generar continuamente resultados parecidos. Ese sistema estaría sistemáticamente perturbado. La crítica de Platón a la democracia ateniense es un buen ejemplo de lo que planteo. La principal ofensiva de su crítica no se dirigía contra algunas de las políticas a las que se oponía, ni siquiera contra la condena de Sócrates por la democracia⁷⁵. Más bien, la principal ofensiva se centró en argumentar que de una manera u otra iban a producirse malas políticas y acciones porque toda la política se concebía sobre una idea errónea. Otro ejemplo nos lo ofrece Marx. Su lucha contra el capitalismo no tuvo que ver con acusarlo de mantener encadenados a los trabajadores a un nivel de subsistencia, de producir derrochando y de enriquecer de manera injusta a los propietarios de los medios de producción; más bien trató de exponer la lógica del capitalismo, que convierte la injusticia, la alienación y la explotación en consecuencias inevitables y no en contingencias.

Este concepto de lo *sistemáticamente* erróneo explica por qué la mayoría de las teorías políticas contienen críticas radicales. Sus autores intentaron alcanzar

⁷⁵ Si creemos la Carta Séptima, Platón también condenó el gobierno de Los Treinta, que incluía algunos de sus parientes, por sus amenazas a Sócrates (324 d-e).

los principios básicos (en el sentido de puntos de partida) que generan acuerdos equivocados y malas acciones. Este mismo impulso determina por qué una teoría política adquiere forma de una imagen simbólica de un todo ordenado. Que sea un todo lo dicta su función, que será complementaria o sustituta del todo sistemáticamente desequilibrado que la teoría pretende reemplazar. La posibilidad de que el mundo factual sea el resultado de un todo sistemáticamente desordenado genera aún otra diferencia mayor entre el teórico político épico y el teórico científico. Aunque ambos intentan cambiar los puntos de vista humanos sobre el mundo, solamente el primero trata de cambiar el mundo en sí mismo. Aunque el científico seguramente pueda reivindicar para sus teorías la audacia, belleza e imaginación que se atribuyen a otras empresas, concederá que en cierto momento su teoría ha de someterse a la confirmación por el mundo. T. H. Huxley habló tristemente de teorías “preciosas” que fueron trágicamente asesinadas por un “miserable hecho”. Platón, en cambio, preguntó desafiante: “¿Resulta peor nuestra teoría si no podemos probar que es posible que una *polis* así organizada pueda fundarse sobre la realidad de hecho?”. La teoría épica, si bien no ha intentado en sentido estricto utilizar la teoría para matar los hechos desagradables del mundo, ha extraído de ellos un punto de vista diferente, al rehusar otorgar a los hechos el papel de árbitro. Los hechos jamás podrían probar la validez de una verdadera teoría, porque los hechos, en forma de prácticas y acciones, estaban “más lejos de la verdad de lo que se pensaba”⁷⁶. Es por ello que para Platón los hechos de la democracia ateniense eran perfectamente consistentes con la teoría de la democracia, si bien la propia teoría estaba sistemáticamente equivocada en sus principios organizativos, es decir, estaba trastornada.

Al posar nuestra atención en la vida política de los estados modernos, pareciera que se adaptan mejor a la investigación científica y a modelos o teorías mecánicas. Nuestro paisaje político y social está dominado por grandes estructuras cuyo premeditado diseño incorpora muchas de las presunciones y principios del metodismo. Son resultado de una invención deliberada, sus procesos están compuestos por “pasos” definidos y su función se cumple gracias a la división especializada del trabajo que en conjunto parece maravillosamente desproporcionado en comparación con los modestos talentos que combina. Pero no son solamente estas organizaciones las que confieren regularidad y predictibilidad a los dominios de nuestra existencia; facilitando así las condiciones en las que la curiosidad metódica pueda marcarse su objetivo de alcanzar un conocimiento científicamente verificable con una razonable esperanza de éxito — pues, ¿qué

⁷⁶ *Republic*, 473, trad. de Conford [Sic].

puede ser más esperanzador que saber que el mundo político y el social están deliberadamente creados para producir un comportamiento predecible y regular? Pero también, dado que estas organizaciones son exclusivamente producto de nuestra mente, y no tanto de misteriosas fuerzas históricas, podemos decir con mucha más confianza que Hobbes y Vico, los primeros en anunciar este principio, que “podemos conocerlo porque lo hacemos”.

Pero este es el estado de cosas que previó y desesperó al más grande de los filósofos modernos del método, Max Weber; un mundo de una realidad desolada, adusta y casi estéril, dominado por grandes estructuras burocráticas e impersonales que invalidaron los esfuerzos de esos héroes políticos evocados en “Politics as a Vocation”. “Una noche polar de fría dureza y oscuridad” fue su descripción del mundo por venir⁷⁷. En un sentido básico, nuestro mundo se ha convertido, quizá más que ningún mundo antes, en el producto de un diseño, el producto de teorías sobre estructuras humanas creadas deliberadamente en vez de históricamente articuladas. Pero, en otro sentido, la incorporación de la teoría al mundo ha generado un mundo impermeable a la teoría. Las gigantes estructuras, rutinizadas, se resisten a cualquier alteración fundamental y, al mismo tiempo, despliegan una legitimidad imposible de desafiar ya que la ciencia racional y los principios tecnológicos en los que se basan parecen en perfecta armonía con una época encomendada a la ciencia, al racionalismo y la tecnología. Pero, ante todo, es un mundo que parece haber renunciado a la teoría épica por considerarla superflua. La teoría, como Hegel había previsto, debe tener forma de explicación. En realidad parece ser la época en la que el búho de Minerva echó a volar.

Parecería entonces que el mundo confirma lo que los líderes de la revolución conductista declaran: la irrelevancia de las teorías épicas. El único problema es que el mundo muestra cada vez más signos de desmoronarse: nuestros sistemas políticos crepitan, nuestras redes de comunicación están plagadas de cacofonías. La sociedad americana ha alcanzado un punto en el que sus ciudades son inhabitables, su juventud muestra gran desafecto, sus razas se hallan en guerra unas contra otras, y su esperanza, su hacienda y las vidas de sus jóvenes se pierden en interminables aventuras extranjeras. Todo nuestro mundo amenaza con ser anómalo.

Pero, en medio de este caos, la ciencia política oficial irradia una complacencia que empobrece la descripción. Es excusable que hace diez años un científico político pudiera sostener que solo un “fanático” querría “maximizar” la

⁷⁷ Hans GERTH y Charles Wright MILLS, *From Max Weber: Essays in Sociology*, Oxford University Press, New York, 1946, p. 128.

igualdad política y la soberanía popular a expensas de otros valores como el ocio, la privacidad, el consenso, la estabilidad y el estatus. Pero es menos excusable encontrar lo siguiente en una reciente colección de artículos presentados en la APSA y posteriormente publicados bajo su consentimiento: “Nuestra disciplina disfruta de una nueva coherencia, un agradable sentido de unidad y una identidad segura de sí misma que se adecua a su rápido crecimiento y su sano semblante”⁷⁸. Polanyi ha señalado que “es una práctica normal de los científicos ignorar evidencias que parezcan incompatibles con el sistema de conocimiento científico aceptado, con la esperanza de que se demuestre falso e irrelevante”⁷⁹. Con este espíritu los científicos políticos americanos siguen dedicando gran energía a explicar cómo diversas agencias operan de manera ingeniosa en la socialización política de nuestros ciudadanos y futuros ciudadanos mientras la muchedumbre quema parte de nuestras ciudades, los estudiantes desafían las normas y autoridades del campus y una nueva generación cuestiona todas y cada una de las obligaciones cívicas. Y mientras los científicos políticos americanos han erigido laboriosamente el “incrementalismo” como un nuevo dogma y ensalzan sus méritos como un estilo de toma de decisiones “realista”, se hace evidente que la sociedad sufre de males —la decadencia de las ciudades, el aumento de la brecha económica y cultural entre minorías y mayorías, la crisis en el sistema educativo, la destrucción de nuestro ambiente natural— y clama por una ruptura sin precedentes y por medidas radicales.

Y entre todo esto, un científico político parafrasea con aprobación lo siguiente, extraído de un científico social: “Argüir que el orden existente es ‘imperfecto’ en comparación con un orden alternativo de cosas que parece imposible de conseguir, quizá no sea muy distinto a afirmar que el orden existente es ‘perfecto’”⁸⁰.

Esta afirmación plantea de lleno la cuestión entre la teoría política por un lado y la alianza entre el metodista y el teórico empírico por otro. No es que haya teorías que son normativas y otras que no lo son; ni científicos políticos que son teoréticos y otros que no. La cuestión se plantea más bien entre quienes restringirían la “búsqueda” de la teoría a detenerse en hechos que se seleccionan por asumirse que son requisitos funcionales del paradigma existente y quienes creen

⁷⁸ POOL, *Contemporary Political Science*, p. VII. Los ensayos de Eckstein y Dahl los excluyo de esta reflexión.

⁷⁹ POLANYI, *Personal Knowledge*, p. 138.

⁸⁰ Citado por Aaron WILDAVSKY, *The Politics of the Budgetary Process*, Little, Brown, Boston, 1964, p. 178.

que dado que los hechos son más ricos que las teorías, la labor de la imaginación teórica es reelaborar nuevas posibilidades. En términos teóricos, la ofensiva básica de la ciencia política contemporánea no es tan anti-teórica como deflacionaria para con la teoría. Esto se expresa más con mayor frecuencia en la ansiedad del conductista que descubre que la filosofía de la democracia plantea excesivas demandas al “mundo real” y, por tanto, la labor de la ciencia política es sugerir una versión más realista de la teoría democrática. Es por ello que los autores de *The Civic Culture* admiten que sería posible “explicar” los bajos índices de participación ciudadana como un “mal funcionamiento de la democracia”. Pero, advierten, este tipo de explicación descansa en la creencia “de que las realidades de la vida política deberían moldearse de modo que encajaran en las teorías políticas propias”. Una “labor de algún modo más sencilla y probablemente más útil”, sostienen, es la que sugiere que “la visión de las teorías de la política deberían derivarse de las realidades de la vida política”. Y puesto que “los parámetros han sido irracionalmente elevados”, la teoría debería modificarse⁸¹.

¿Es posible que en este jovial y panglossiano crepúsculo, el búho de Minerva comience a flaquear al pasar velozmente sobre un mundo real que resulta cada vez más discordante y que empieza a expresar demandas y esperanzas “irracionalmente elevadas”? Quizá sea posible, especialmente si recordamos que, según la escultura griega, la mascota de Minerva era una búho de gritos estridentes, pues su lastimero grito es el sonido de la advertencia y del dolor.

⁸¹ ALMOND y VERBA, *The Civic Culture*, p. 475.